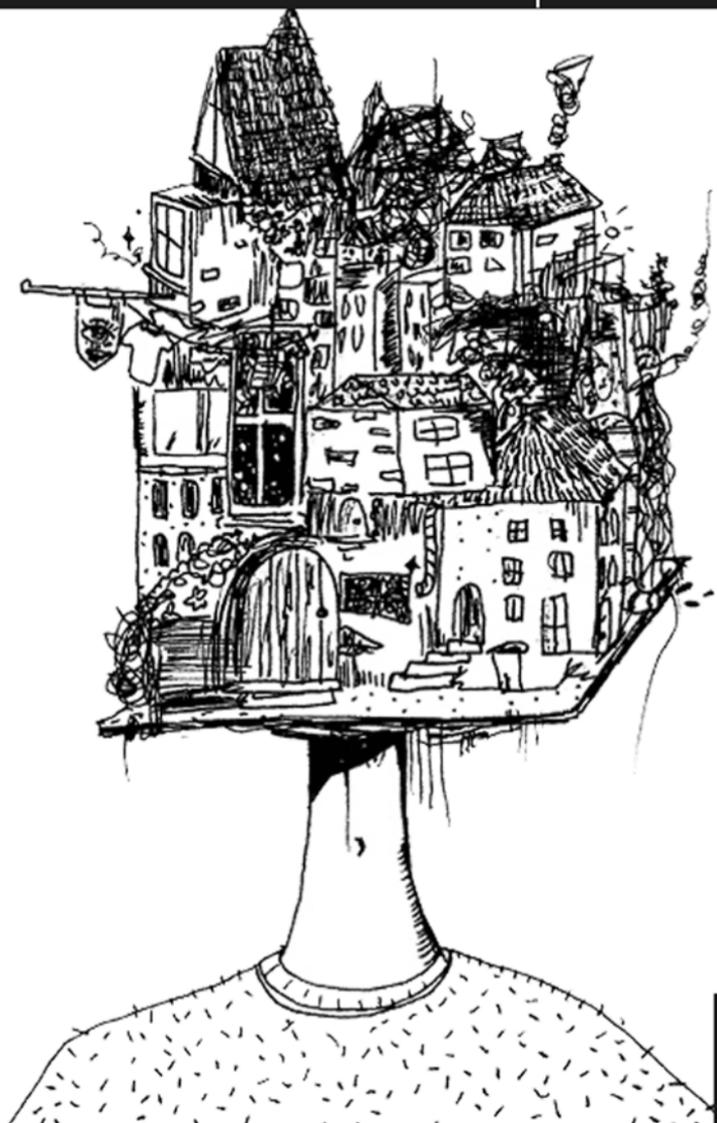




PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2019

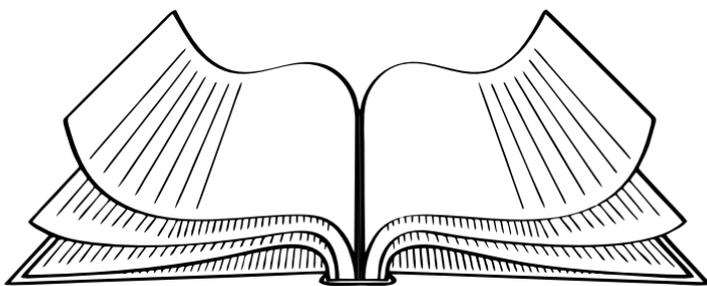


No. 20



¡SÍGUENOS!
www.porescrito.org

-  /porescritomx
-  @PorEscrito_
-  @revistaporescrito
-  Por escrito



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 20

www.porescrito.org

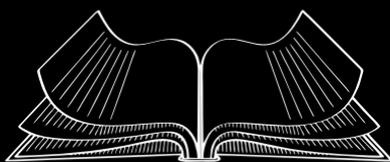




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Nostalgias	
María Fondevila Agoff	7
De tanto ver el mar	
Ana Laura López González	8
El Muerto	
Alberto Ibarrola Oyón	9
La condición de la lectura escrita	
Rodrigo Trujillo Lara	10
XI	
Etienne Fajardo	12
XII	
Etienne Fajardo	13

FIRMAS

Las alergias de Sara	
Virginia Meade	14
Vi ángeles	
Andrea Fischer	18
Puerto es Naufragio	
Yamil Narchi Sadek	19
Un cuadro rasgado	
Cecilia Durán Mena	21
Corales valiosos	
María Elena Sarmiento	24
La carga de los tacones	
María Elena Sarmiento	25
Sobre el vocho	
Enrique Héctor González	26
Aquella camiseta blanca	
Cecilia Durán Mena	30

IMAGINARIO35

VOCES

Abrazo de agua	
Mónica Soto Icaza	39
El eterno Reich	
Felipe Cuevas Ruíz	41
El filósofo de la torre de marfil	
Juan Carlos Padilla Monroy	43
En algún lugar	
Iván Medina Castro	52
Inconvenientes de los precios bajos	
José Manuel Hidalgo	54
La renta	
Pita Escalona	56
Los libros	
Susana Corcuera	58
Ventanas	
Susana Corcuera	59
Paisanas	
Gabriela Gorches	60

Hablando por escrito

Llevamos veinte ediciones de la revista Pretextos literarios por escrito con el afán de atrapar y quedarnos con lectores. Nos hemos dado a la tarea de buscar miradores, gente que descubra la maravilla de pasar sus ojos por los renglones de los textos, que explore las maravillas que se encierran en las letras, aventureros que se adentren en las páginas que se encierran en estas pastas, en fin, queremos servir de mediadores entre el que compone un escrito y quien lo quiera disfrutar. Somos promotores que respalden este trabajo, a través de páginas que fomenten los hábitos lectores y la creación de cultura escrita.

A lo largo de estos veinte ejemplares, nos hemos topado con oportunidades gloriosas para crecer y traspasar fronteras. Como apoyo a estos procesos, diseñamos otras acciones, que como redes, atrapen lectores y se queden en este mundo de puntos y comas: talleres de lectura que se llevan a cabo en el Museo de Memoria y Tolerancia y el programa radiofónico Por escrito que se transmite por radio Anáhuac. Nuestro anhelo es acercar a nuevos lectores al mundo de la cultura escrita desde la acción, el descubrimiento y la exploración.

Buscamos un diálogo permanente entre las historias, los poemas, las imágenes, las viñetas, fotografías, el desarrollo del potencial creativo y los sujetos. Sabemos que la práctica y los saberes son muy importantes en este intercambio, por lo que en cada propuesta se propone una base para detonar procesos, pretextos que se pueden adaptar al acervo que se tienen al alcance y que se enriquecerán con tu propia experiencia de mediación.

Favorecer y estimular la lectura nos representa espolear conciencias en defensa de las ideas, animar a la fuerza de voluntad para perseguir la fantasía, encender la curiosidad para ver mundos y escenarios que el autor nos proponga. Buscamos contagiar de nuestro amor por lo escrito a quienes lleguen a sostener esta revista en su mano, hacer apostolado en favor de leer.

Nos extraviamos entre los renglones y a partir de lo que un autor nos propone, buscamos en nuestro propio acervo, identificamos elementos comunes, los rescatamos y nos rescatamos. Formamos un puente entre aquel que quiso decirnos algo y quien se encuentra en lo que dijo.

Este ejemplar una compilación de textos que nacen de la generosidad de los autores que nos comparten sus escritos para inscribirlos en estas páginas y dejarlos volar hasta la mirada lectora. Esperamos que disfrutes de cada una de estas propuestas pensadas para realizarse en comunidad o en solitario, que lleven a leer el mundo con todos los sentidos, a descubrirnos y reconocernos en el otro.

Deseamos provocar encuentros gozosos con la lectura, y que ésta sea un camino de exploración, de emoción y de curiosidad. Con todo gusto, pasión y afecto de todos los que desde la pluma, la mesa de edición, la producción y locución del programa de radio, y el staff de Pretextos literarios por escrito, dejamos nuestro número 20.



Paúl Núñez

Nostalgias

María Fondevila Agoff

Yo tengo
una nostalgia de vivir
en un lugar donde nunca he estado.
Una Barcelona después de una noche de lluvia,
un Buenos Aires frente a un río,
una Ciudad de México en los 40's.

Una nostalgia de vivir
en un libro de García Márquez,
de Ruiz Zafón,
de un escritor hispanohablante que escribe con nostalgia de misterio,
humedad,
y neblina.

Una nostalgia de vivir
todas las historias que me recuerdan a una que no recuerdo,
que lei de joven,
o aún más joven.

Una nostalgia de vivir
en un lugar que se compare,
en palabras poéticas y añoranza,
con mis esperanzas.

Una nostalgia de vivir,
en un lugar en el que nunca podré,
porque existo ahora,
y existo aquí,
y el lugar existe allá,
y existe entonces.

Paúl Núñez



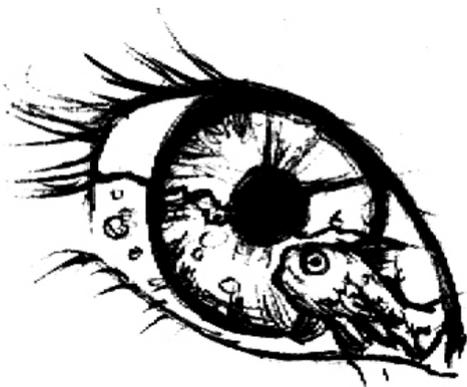
De tanto ver el mar

Ana Laura López González

De tanto ver el mar
Se me metió dentro
Cuando cierro los ojos,
lo veo, lo siento

El sonido de las olas fluye
por todo mi cuerpo
Me arrulla y estremece
me agita, me marea
Ondulo con su movimiento cíclico
Y no sé por qué, pero me renueva

Vierto el mar a través de mis ojos
Sólo que ahora
contienen una pizca de su vitalidad,
su fuerza, hondura y profundidad.



Paúl Núñez

El muerto

Alberto Ibarrola Oyón

*Mención de Honor en el Concurso Internacional
Instituto Cultural Latinoamericano.*

Un muro irrompible de fresas y vinos
yace lívido en su triste morada,
en el ocaso de sus sueños extinguidos,
en el albergue de la derrota más lacerante.

¡Cuánto deseó que este temible momento
no lo presenciaran jamás sus ojos!
Pero ha de hacerle frente con su vida,
condenado a una soledad errante,
aislado en el más triste infortunio.

Quizás se conforme con el recuerdo
de un placer que generoso trajo el viento.
Quizás se decida a luchar por la bondad
como la imagen más bella del universo.
Quizás ponga fin a su letanía
con un leve sorbo del veneno asesino
de la muerte que el futuro le ofrece sonriente
a modo de esperanza. En cualquiera de los casos,
muerto está y, entretanto, las chillonas risas
de los cuerdos pululan en sus oídos
atormentados, como una sangrienta procesión
de mil penetrantes cuchillos afilados.

Sin embargo, el Camino, la Verdad y la Vida
se aparece ante él, sin mostrarle su rostro divino,
le atrae hacia sí con rectísimo ademán
y le solicita su corazón apesadumbrado y abatido
y le señala el centro de su alma doliente
y le dona lo que ha ansiado vehementemente
desde que era un niño: un gozo impercedero
en lo más profundo de su ser instalado,
a modo de don inmerecido e inesperado.



Paúl Núñez

La condición de la lectura escrita

Rodrigo Trujillo Lara

La condición de la lectura inscrita
ofrenda hecha a los hielos del espanto
un moribundear de escamas simples bajo
el fuego derrotado
salarios de la herrumbre
pago la opacidad de mis monedas
la noche del hueso por ahuecar la carne del lenguaje
el cuando las incógnitas toquen el lomo de un perro
para hacerlo florecer
el cuando la Pitia ablucione más allá
de la orina del mendigo que le hierve
dentro de la boca
en el canto trabajado en las corazas
entre rogaciones del interrogar
copulan la luz y el pensamiento
en tus manos que compactan
la arena de mi vientre se dispersan
las nieblas amarillas

parajes de interpelación
 porque tocas como los oráculos
 a revelaciones de secretos de sí mismo
 necesaria necesidad de hacer otra cosa
 de las cosas
 por muy poco que de cosas tengan
 decía del tacto lo tangible
 por ejemplo
 la estera cierne las preguntas
 una canción de ácaros migajas y quejidos
 un fondo desnudo
 levemente lunar
 donde se empolvan ánforas llenas de peces
 dormidos en la miel.



Paúl Núñez

XI

Etienne Fajardo

En cada par de senos
creo haber
dejado toda la vida
y ¿dónde saqué
lo que dejé sobre
los senos que siguieron?
Debo haber mamado
algo
en la última noche marital
o en la hora pagada
o en la mirada cínica
al escote de esa otra
De otra forma no me explico
porque
puedo
sin temor a equivocarme
asegurar que acabo
nuevamente
de perder la vida
en otros senos

*Paúl Núñez*

XII

Etienne Fajardo

La grieta que se abre junto a mí
extiende su lengua de metal hacia tus dedos
no alcanza
Tus gritos están en todas las paredes
los escucho
Un dibujo terco
un hueco barroco
los pasos urbanos del Minotauro que te busca
Tengo un émbolo en el torso doloroso
No tengo los brazos para tu pecho
no tengo las piernas para tu cuello
no tengo la boca
no tengo la boca
Tengo una luz apagada entre las manos
quiero lavarme la cara en ella
y no searla hasta que llegues

*Paúl Núñez*

Las alergias de Sara

Virginia Meade

Lo primero que hago al despertar es tocar a mi lado, cuando siento el cuerpo tibio de mi esposo y escucho su respiración, tengo la necesidad incontrolable de estornudar y el estómago se me hace nudo. Cómo lo detesto. Quiero una taza de chocolate.

Me pongo mis pantuflas de satén lila que hacen juego con mi bata; bajo con cuidado la escalera; no es que quiera evitar que mis tacones suenen y pueda despertar a todos en la casa; para mí, ya es hora de que estuvieran haciendo algo de provecho; en fin, la razón es que tengo problemas con mi calzado, por el tamaño y ancho del pie, cualquier zapato sea fino o chino, me quedan grandes o me aprietan. Así que mis dedos deben afianzarse a la plantilla; dejo crecer las uñas más de lo normal para que se aferren al fondo del zapato y pueda caminar con algo de soltura. Tengo que explicarle a la mujer de mirada bovina y sonrisa tonta cada vez que me hace el pedicure, que así las quiero: largas. La cara de la mujer provoca que quiera patearla.

Las sirvientas ya están trabajando una lavando mi coche y la otra, limpiando los cristales de la fachada de la casa. Mientras bebo el chocolate despliego mi agenda, estoy orgullosa de mi letra, no es elegante como la de mi padre; él siempre me dijo que debía esforzarme porque no siempre se entendía lo que yo escribía. El olor de la tinta de la pluma me provoca lagrimeo. Anoto lo que debe suceder cada día y a quien debo llamar para que me cumplan; cada actividad es un tesoro para mí. Voy rellenando el espacio en blanco de la agenda de cada semana, a veces con un año de anticipación. Hoy, viene el señor Olvera, me entregará el nuevo presupuesto por impermeabilizar los techos; cada 8 meses, sin falta, tiene que venir y hacerlo en 7 días. El mes pasado, le pedí que cambiara el piso del baño de arriba. Estuve a punto de correrlo de la casa, por más explicaciones que le di acerca del tipo de mosaico que quería, él insistía en que ese estilo en particular ya no se usaba; nadie lo fabricaba, pero ¡ah! lo corralé de tal manera que consiguió 10 cajas del mármol; dizque salieron del inventario de una marca que estaba fuera de catálogo. Yo me felicité, sabía que, con un poco de presión, él como cualquiera que trabaje en mi casa, haría lo que fuera o se me diera la gana. Al fin y al cabo, les pago en efectivo, no

les reclamo el precio ni quiero sus facturas. Toda mi vida he trabajado, nadie me puede engañar. Siempre consigo lo que quiero, excepto quizá en el asunto del árbol.

Hace 25 años compré esta casa, convencí a la dueña, una mujer viuda de edad avanzada que aceptara mi oferta. Le hablaba todos los días hasta que la convencí de que me la vendiera trescientos mil pesos menos de lo que ella quería. Cuando le dije a mi esposo que ya era nuestra y le conté cómo la conseguí, nada más hizo una mueca; nunca está agradecido de nada. En cambio, mis conocidos se sorprendieron. Sin embargo, no entendí muy bien su reacción, ellos me felicitaron por la casa, pero criticaron mi forma de obtenerla, me dijeron: querida, eso fue mezquino. Son unos envidiosos porque ninguno vive como nosotros.

Adquirí una agenda, tamaño oficio de pastas de piel, especial para controlar la remodelación de la casa, un proyecto del que estoy orgullosa; claro que a mis hijas nunca se les da gusto, ninguna agradeció tener una recámara propia ni se esforzaron por ayudar en la mudanza, al diablo con ellas, no me molesté en rogarles para que cooperaran. Elegí el color para los muros, cortinas, pisos laminados y luminarias. También la pintura exterior, me inspiré en las casas de Barbie. Estaba tan involucrada que no me di cuenta de que, junto a mi nueva casa, los vecinos tenían en su jardín varios árboles; nosotros nos cambiamos en junio así que fue hasta octubre cuando empezaron a caer las hojas secas que hice el primer coraje. La vecina, un dizque famosa concertista, recibía a sus alumnos en el estudio que había instalado en el fondo de la casa. Empecé a atragantarme con las sesiones de piano que podían durar hasta las 10 de noche. A la “señora” le molestaba la música que ponían los albañiles que trabajaban en mi casa; un día me llamó para exigirme que apagaran su radio, que dejaran de calentar sus mugrosas tortillas en el patio, porque sus voces y olores la molestaban. Cada llamada me provocaba un ataque de estornudos y lagrimeos. Ningún antihistamínico funcionaba.

Estoy consciente de que soy obsesiva de la limpieza. Contraté, a través de una agencia de servicio doméstico, a tres sirvientas. Una se encargaría de que, en el patio, nunca hubiera una sola hoja del árbol metiche. Los dueños de la casa de junto tenían, tan sólo en el muro colindante, tres arboles además de un fresno que es que tira hojas a mi casa, además, una araucaria y un naranjo; ellos permitían que crecieran

sin control. En ese patio, lleno de arrayanes, una fuente y un espejo de agua convivían toda clase de insectos, incluso podía ver desde una de las ventanas a las luciérnagas danzar bajo las luces que iluminaban la selva que ellos llamaban jardín; las lagartijas se daban vuelo en los troncos de los árboles y, para colmo de mi paciencia: ardillas y luego descubrí un nido de aguiluchos. Cada noche, la peste de perfume de flores inundaba mi casa. Así empezó una guerra entre ellos y yo, mi marido sólo se encogía de hombros. Les exigí que podaran el árbol del lado de mi casa. Me dijeron que ellos no le daban órdenes al árbol para que creciera según mis caprichos. ¿Qué hice? Los estuve vigilando por semanas, incluso me compre una caminadora que mandé colocar en mi recámara junto a la ventana. Una tarde los vi salir con maletas.

Contraté a un par de albañiles para que serrucharan el tronco del árbol que crecía hacia mi casa, media un metro de circunferencia y las ramas algo más que eso. Cuando regresaron, esperé con ansias que se dieran cuenta de lo que le había pasado a su árbol. Se enfurecieron. Hasta mi recámara se escuchaban sus gritos. Me recosté en mi cama viendo hacia el techo. Fue mejor que el sexo, no se me quitó la sonrisa en toda la noche. ¿Habrán visto la cerca eléctrica que mande instalar entre nuestros muros? Cuando yo quiero que algo se haga no me detengo. No pido milagros ni diamantes. Creo que voy a mandar colocar un domo en todo el patio.

En mi agenda anoté en todos los lunes de resto del año: podar las ramas del árbol. Transcurrieron diez años de lucha fría, feroz. He cambiado de jardineros tantas veces que ya no recuerdo, siempre tienen alguna excusa: las ramas están muy lejos y las tijeras, aun con los aumentos telescópicos, no las alcanzamos. Es muy peligroso, señora. En ese tiempo, una de mis hijas se fue a vivir con su novio, yo estaba harta de verlo día tras día con la misma playera, usando esas asquerosas flip flops chinas. Cuando ella empezó a chanclear esas horribles cosas, le dí a escoger entre vivir como niña decente o irse con su zarrapastroso novio. Ella se fue, lo que provocó que mis alergias estuvieran activas quince días. Mi otra hija consiguió un trabajo y decidió independizarse, a los tres meses, perdió el empleo y regresó con nosotros. Le compré un auto y durante algún tiempo todo estuvo bien en la casa hasta que lo chocó. Lo vendí y le dije que el próximo auto ella debía conseguirse.

Mi esposo decidió que cambiaría sus horas de trabajo, al fin y al cabo, tenía que jubilarse antes de que yo. Vociferó: ¿Cuándo terminarás de chuparme la alegría? A partir de ese día, salía después de desayunar y regresaba a las ocho de la noche y se metía a su despacho. Al fin,

ya era tiempo de que yo dejara de acompañarlo en sus compromisos, que estuviera al pendiente de coordinar que la tintorería recogiera y entregara sus trajes. Con lo que odio el olor de los químicos que me provocan lagrimear. Además, deje de aguantar que noche tras noche, me contara los mismos problemas de siempre: ¡Aburrido! ¡Anciano!

Desde mi ventana, que yo llamo el observatorio, veo que mis vecinos están armando cajas. Mandé a una de las sirvientas que averiguara lo más que pudiera. Me vino a informar que a él lo mandan de su trabajo a otro país, ojalá sea uno donde esté prohibido el piano. Que ya vendieron la casa. Anoté en mi agenda: en cuanto se vayan poda máxima al árbol. Los que llegaron parecen, iba a decir decentes, pero nunca se sabe, estuvieron de acuerdo en que yo mande podar las ramas apenas se asomen a mi casa. ¿Por qué la gente no es juiciosa? tienen tres perros grandes, enormes. Mis hijas quieren uno, aunque sea chiquito. Creo que necesito mis medicamentos.

Como los vecinos siguen reclamando que los jardineros que contraté no podan sino arrancan las ramas, los corrí. Ahora pienso amenazarlos con una demanda para que quiten el árbol productor de hojas, cacas de pájaros. De las ardillas, yo me encargo con cacahuates envenenados como siempre. El vecino casi le da un ataque cuando recibió a mi abogada, lo vi desde mi ventana. Cuando hable con él me dijo que le había sorprendido mi reacción, se extrañó que después de años yo actuara de esa forma. Llegamos a un acuerdo, él solicitaría un permiso a la delegación para la poda del árbol y correría con los gastos. Le pregunté si de verdad se sentía enfermo. Él contestó que sí. No pude contenerme y añadí: si tu te mueres por esto, ¿tu esposa e hijos honrarán tu palabra?



Paúl Núñez

Vi ángeles

Andrea Fischer

vi ángeles

vi cómo caían desde lo alto:
lluvias de ceniza
deslave del monte

polvo

estrellas en agonía
desintegrándose

vi ángeles



Paúl Núñez

Puerto es Naufragio

Yamil Narchi Sadek

Estos poemas pertenecen al libro *Puerto es Naufragio* que está en proceso de publicación en la editorial *Elefanta*.

Tomó tiempo.

No podían ser cortadas las amarras,

pero algo supo que se desatarían.

La contemplación de la deriva

desapareció el miedo.

Nació de nada, de quién sabe,

del estatismo cansado,

del deseo por las rocas.

La repetición infinita

de las olas y las luces

en mis ojos,

de mis ojos

en las capas,

agua tras el agua
el pavor
de jugar a los espejos
con el mar.

El sol es un reloj.

En el muelle corren,
se retuercen
turistas y marineros.

Cuando da siete campanadas la tarde,
cambia de posición el interruptor
y cae,
juguete vacío,
el puerto.



Paúl Núñez

Un cuadro rasgado

Cecilia Durán Mena

¿Qué representan esos zapatos, qué hay, qué se da, de verdad, en esa representación?

Jacques Derridá

Crítica de la facultad de juzgar ()*

-Tres-

Cuando el sol se esconde tras el Cerro Grande, las bocinas que están colgadas al minarete, cerca de la luna creciente, están a punto de llamar a la última oración del día y confundirse con las campanadas que llaman a misa y el shabat está a punto de comenzar, el de alzacuellos eleva el brazo y pide la cuenta. El rabino y el imán se llevan la mano al pantalón para buscar las carteras. El crepúsculo es una fiesta de ruidos puntuales, el cuervo vuelve al nido y los hombres se rascan la barba, suspiran y asienten. Estuvo mal. Sí, estuvo muy mal. El de saco blanco y pajarita negra se acerca comedido. No es nada, eminencias. Esta va por cuenta de la casa. Agacha la cabeza. Recibe tres bendiciones.

-Dos-

Cuando el sol parecía una tachuela amarilla colgada justo sobre la punta del Cerro Grande, el martilleo paró. En el centro de la plaza central, había quedado listo el templete y en medio, en vez de una horca, instalaron un retrete de porcelana blanco. Una persona encapuchada con toga negra toca el corno en dos ocasiones. La gente se reúne, los más listos se paran debajo del soportal de los arcos y consiguen la protección de la sombra, los que se atrasaron se quedan padeciendo el rayo de sol de las doce. Trece mujeres suben al templete, la última lleva una caja. Se alinean, dando la cara al pueblo. Muestran la caja que lleva dibujado un letrero que dice: *Cenizas* y se la pasan de una a la otra hasta que llega al de la toga negra. Todas forman un círculo en torno al retrete. Abren la caja, tiran el contenido en la taza de porcelana esmaltada. Una de las trece, la que llora, jala la cadena. El pueblo aplaude. Ellas escupen dos veces sobre la tierra.

-Uno-

Cuando el sol se asoma a los perímetros del Cerro Grande un grito desbarata el silencio matinal. Un cuadro de la muestra que se exhibe en la diputación

amanece con una rasgadura que lo corta de una esquina a otra. La exposición ha sido ultrajada, el arte ha sido profanado, el respeto ha sido pisoteado. La reivindicación del rol femenino impuesto a la mujer desde los principios de la humanidad y el cuestionamiento sobre cómo y quiénes somos las mujeres se ha vejado. La rasgadura corta en dos la imagen que simula a la Inmaculada semidesnuda y tocándose la entrepierna. Repugnante, dice una voz temblorosa.

-Cero-

Cuando el sol se oculta detrás de las nubes que anuncian una tormenta, el alcalde pasea por la exhibición que está a punto de inaugurar. Recorre la única sala en la que aparece la imagen de unos labios carnosos que enseñan la punta de la lengua y que está presentada en forma vertical, mira aquella en la que una nariz arrugada es alcanzada por un tentáculo largo que sale de la boca, recorre la vista sobre algunos poemas que emulan ciertas fórmulas sagradas, que han sido intervenidas: son oraciones, pero en vez de mantras, hay insultos. La frente se le perla con gotas de sudor. Los miembros del cabildo lo acompañan. Las que van a exponer, caminan junto a él. En el lugar de privilegio cuelga un lienzo con una imagen que le recuerda a los cuadros de Murillo, es la cara pintora que reinterpreta la obra del barroco español. El presidente del cabildo opina que la exposición ofende el sentimiento religioso de los habitantes del pueblo; las creadoras se defienden. Sostienen que esa postura es beligerante, misógina y exigen respeto a su libertad de expresión. El alcalde mira al techo, cierra los ojos, aprieta los dientes y corta el listón para inaugurar la muestra.

-I-

El cuadro era un fotomontaje, con una fotografía mía y una tela azul, dice la autora con la voz temblorosa, la nariz roja y la cara abotagada. No se parece en nada a la que se adivina en el lienzo rasgado. Mis compañeras y yo pedimos respeto. Exigimos justicia. Tenemos que cuestionarnos qué país estamos construyendo para que esto pase. Abraza el marco con la pintura rota.

-II-

El jefe de la policía interroga al presidente del cabildo. Lo dije y lo sostengo, puede haber personas que se sientan ofendidas con el cuadro que hace un uso irrespetuoso de la Virgen María. El uniformado anota en una libreta de taquigrafía la declaración. El presidente del cabildo añade, pero la manera de solventarlo no es destruyendo la pintura, sino presentando una denuncia.

-III-

El líder de la oposición declara que todo es culpa del discurso intolerante que ha generado el ataque contra la pintura. Es el llamamiento al odio. Que lo quemem.

Que lo hagan cenizas. Que lo tiren por el inodoro y sus restos vayan a dar al desagüe del pueblo. El líder de la oposición mira al alcalde que accede a la petición de la autora. Sólo deseo que se haga en la plaza pública.

-IV-

El mesero recoge las tazas que dejaron el cura, el rabino y el imán sobre la mesa. Para prevenir formas de violencia y exclusión, físicas y culturales, es importante construir una significativa educación estética y ética a la misma vez, como instrumento de integración intercultural y social. Se limpia la cara con el trapo que acaba de pasar por la mesa sucia, para qué recordar sus tiempos de artista si aquí son las propinas las que llevan el pan a la casa.

-A-

El grafitti que está en el muro de piedra dice: El arte no se crea, el arte se participa. Entonces, digan lo que digan, el resultado que arrojó la exposición fue un éxito. El cuervo cuida los huevos que tiene en el nido.



Paúl Núñez

Corales valiosos

María Elena Sarmiento

Los señores Pereida celebraron sesenta años de casados y en su fiesta, bailaron un vals. Todos quedaron sorprendidos de la vitalidad de la pareja. A mí lo que me fascinó fue la mirada de ternura que se regalaron el uno al otro al tomarse entre los brazos para el baile. Ella lucía el collar y los aretes de coral de los que me había hablado mi abuela y yo me moría de curiosidad por descubrir si la anécdota era cierta. Cuando terminaron el baile, el señor Pereida acarició las cuentas en el cuello de su mujer y le sonrió. Esa complicidad además de regalarme ciertas esperanzas en el matrimonio como institución, me hizo creer que lo que me habían contado era real.

El matrimonio se había ido de viaje junto con otros amigos del Club de Leones. En Florencia, la señora Pereida se enamoró de un juego de coral. Su marido no se lo quiso comprar. Alegó que apenas estaban empezando el viaje y que no debía gastar tanto porque uno no sabía lo que se podía necesitar más adelante.

Esa noche, él se puso una gorra de baño para no mojarse el cabello mientras se refrescaba el cuerpo para pasar la noche. Olvidándose de que la traía puesta, quiso hacerle el amor a su esposa, pero ella le dijo:

—Ay, pero de gorra, no.

Él, ya encandilado, respondió:

—Mañana te compro tus corales, mi reina.

Me hubiera encantado que mi abuela hubiera vivido para estar presente en la fiesta. Podríamos recordar juntas cuando ella se reía de su amiga y le decía:

—Ay, Licha, tú sí que le hiciste caso a la Biblia. Ganaste tu collar y tus aretes con el sudor... no fue de la frente, ¿verdad?

Tuve que esforzarme por parecer seria. Tan pronto se sentaron, con todo respeto fui a felicitar a la feliz pareja.



La carga de los tacones

María Elena Sarmiento

El escritor se sentó frente a su computadora. Le tocaba ser mujer. Tenía ganas imaginarse en los tacones rojos que hacía poco había visto descender de un auto de lujo, seguidos de unas espectaculares piernas. Sí. Su personaje iba a ser sexi.

Mentalmente se calzó y se echó a andar, moviendo las caderas. Lo describió todo: la ternura que le inspiraban los niños, la voluntad que requirió para ir diario durante un año al gimnasio, el deseo que la llevó a dejarse conquistar, el empeño en el trabajo sólo para ganar un salario similar a los demás. Describió lo que sentía al ser admirada, deseada, ¿amada? Se construyó una vida y, aunque no se atrevió a hablar de los sentimientos de los demás, ella sí se permitió enamorarse. Era una mujer sensible. Al escritor se le nublaron los ojos.

En algunas ocasiones se le presentaron cretinos, aunque casi siempre los pudo capotear como campeona. La miraron con lascivia, sin su permiso le palparon las nalgas en su lugar de trabajo y luego, lo peor, sus propias amigas dudaron de sus quejas. Cuando creyó oportuno formalizar su pareja, lo invitó a vivir juntos.

El personaje recorrió los años y el escritor puso fin a su texto. Se sintió agobiado por la carga de ser mujer, pero, a fin de cuentas, nunca tuvo ampollas en los pies.



Paúl Núñez

Sobre el vocho

Enrique Héctor González

1

Mis primos eran ocho, nueve años menores que yo y, sin embargo, ya tenían novia y no se les dificultaba nada trabar relaciones con mujeres. Estábamos en Cuernavaca —donde vivía uno de ellos— y al otro se le ocurrió ir al centro a ligar. Yo ya manejaba (aprendí, algo tardíamente, a los veintiún años: quizá por eso inscribo el dato) y además tenía un volkswagen generoso en el que, apretaditas, podían caber, junto a ellos, dos muchachas de buen ver y de mejor palpar. Yo me descartaba de entrada (en mi calidad de chofer y en mi condición de cobarde) del reparto casi ganadero de carne que Carlos y Daniel planeaban.

Dábamos vuelta alrededor de la Plaza de Cortés cuando divisamos la espalda y la zona franca de una morena morelense. No era ni con mucho una adolescente, así que mi tímido vocho ya desviaba la ruta cuando Daniel sugirió que le cayéramos. ¿Qué?, esa te puede dar la mamila, le dije. Pero en probeta doble, me contestó Daniel; detén el coche y van a ver. Se bajó y a los cinco minutos la tenía ya a su merced: le había comprado un helado y de seguro ya le estaba contando la historia de sus numerosos (y yo creo que inventados) enjuagues amorosos con mayores de veinte, pues la mujer se reía con su fuerte dentadura ladeada (yo la alcanzaba apenas de perfil), dándose a desear.

Me estacioné como pude junto a un puesto de pepitas, Carlos fue a alcanzar a Daniel y al poco rato regresaron y se subieron al coche. Ya está, güey, le hablamos de ti y dice que está dispuesta a todo, que vengas por ella en una hora porque tiene que ver antes a su novio para batearlo. No mamen, ¿y cómo me va a reconocer, si ni siquiera me vio? Ya le hablamos de tu nariz; ahora llévanos al cine Malcolm Lowry, que es el único en esta pinche ciudad donde sirven tragos mientras ves la *picshur*. Ahí nos hacemos de dos morritas para tener las manos ocupadas en lo que regresas por nosotros. O sea que los dejo, voy y se la meto a la puta esa, luego la deposito en su burdel y vuelvo por ustedes para que me platicuen de qué se trató la película, ¿no? Váyanse a la chingada. No te encabrones, todavía que te conseguimos un viejorrón, ¿eres puto o qué? ¿Quién les dijo que necesitaba de sus servicios, par de güeyes? ¡Uta, madre! Eso es lo que se llama un malagradecido. Nos vamos a pie y si quieres ni regreses,

dijeron y se bajaron de la nave. Me quedé ahí un rato, solo, con una mano en el volante y la otra envalentonándome el ánimo.

2

Pasado un rato arranqué y me fui dizque a pasear por las calles empedradamente pronunciadas de Cuaunáhuac, una ciudad donde el tráfico, por la estrechez de las callejuelas y el amplio número de chilangos que la han invadido, se vuelve insufrible a media tarde. Planeada para unos cuantos miles de peatones, se ha vuelto el domicilio de millones de guachinangos que, dada su cercanía a la capital del país, no han tenido necesidad de cortarse el cordón *uribilical*. Me tomó veinte minutos recorrer cinco cuadras, de modo que mejor regresé a la plaza con la curiosidad, la resignación y el miedo confundidos en una sola duda: ¿estaría ella todavía ahí, como un dinosaurio desperezándose en el cuento más breve del mundo? Seguro que ya no. Y si está, ¿qué hago?

De pronto una mujer que venía caminando hacia el coche se bajó a la calzada frente a mis narices, se dirigió a la puerta del copiloto y entró en mi carro como en su casa. Era ella, irreconocible por delante. Era fea de cara, la nariz casi desaparecida de un plumazo cromosómico y aun desviada como la mía, sólo que hacia el lado opuesto. Y parecía tonta, además, pues preguntó, ¿tú eres Paco? (De ignorarlo, ¿se habría subido al coche? No supe en ese momento si era más puta que pendeja).

Como las piernas me temblaban y el tráfico no daba para más, decidí estacionar el coche y le propuse que mejor camináramos. No quiso, pues su novio podría interceptarnos por ahí. ¿Tu ex-novio?, pregunté tan a lo pendejo como ella, como si no supiera por mis primos que había ido a la plaza a mandarlo a la goma. Mientras ella no contestaba, reconocí que no tenía ganas de madrearme con alguien que nada me había hecho y a quien yo todavía no le hacía nada. Volví a arrancar el vocho, en ese momento un refugio.

Empecé a aborrecerla casi de inmediato (mi timidez, si no la venzo a tiempo, se transforma siempre en odio a mí mismo, a los demás, a todo lo que me rodea), así que le propuse directamente que fuéramos a un hotel. ¿A hacer qué?, dijo menos bruta que cínica. ¿Tú qué crees?, respondí yo con un temblor recóndito en la voz insegura. ¿No te parece que vas muy rápido? No, en un cuarto de hora seguirá siendo visible la catedral. Chistoso.

La Providencia nos puso un hotel a la vista y ya entraba al garage cuando la mujer me apagó el coche y los escasos arrestos de ánimo al mismo tiempo, cuando de inmediato gritó: ¿Qué te pasa,

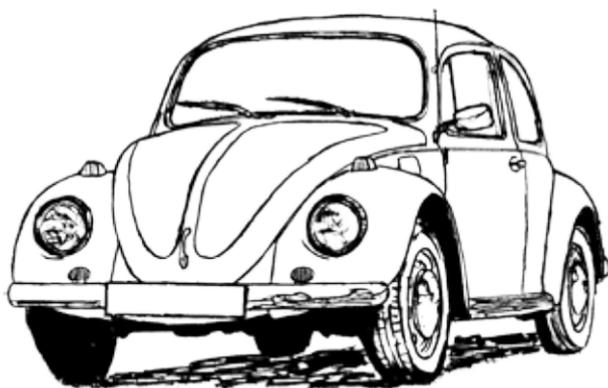
cabrón? Nada me pasa, vamos a coger, ¿no? ¿O qué te dijeron mis muchachos? Yo por supuesto no tenía la menor intención de hacer nada y lo que quería es que se largara ya. Como si hubiera oído mis pensamientos, abrió la puerta del coche y ya se estaba bajando cuando vi algo que había olvidado, lo único de ella que valía la pena de un desconocido recién cortado dispuesto a golpearme o la del encargado del estacionamiento acercándose al coche para ver qué pasaba: su culo descomunal.

Ella ya iba rumbo a la calle y yo daba en el vocho una reversa arrepentida de la repentina pérdida del agasajo, cuando el tipo preguntó: ¿Qué pasó? Se le está yendo viva la paloma, mi buen. No hice caso y fui tras la mujer cuyo trasero era su mejor frente. Por una circunstancia inconcebible, el tráfico infame había desaparecido apenas salí de la oscura cochera a la claridad del crepúsculo. Avancé sin problemas durante varias calles, doblé donde el instinto me lo aconsejó, volví a buscar la avenida principal y ella no aparecía. Como a veces me ocurre en casos similares, sentí mi derrota (el placer perdido) como una victoria (la de no haber conseguido lo que en realidad no sabía si quería conseguir) y me felicité de estar extraviado, con tiempo de sobra, en una ciudad por la que ahora se podía fluir sin prisa y sin pausa y que me era tan ajena como yo a ella.

La conciencia de este doble extrañamiento me alentó a piropear desde el coche a las mujeres solas que iban andando por la calle. Casi todas sonreían, algunas más se hacían las sordas, otras aparentaban una indignación digna de cuerpos mejores que los suyos. A una hasta le di mi palabra de desconocido de que era de buen corazón y mis intenciones muy sanas, meramente turísticas, pero ni así cayó.

Seguí manejando al azar hasta que calculé que sería hora de recoger a mis primos. Estaban enroscados en un portal con sendas adolescentes sentadas en la entrepierna. Al verme, me detuvieron como a un taxi y como en tal se subieron y se acomodaron en el asiento trasero, sin dirigirme la palabra, sin mirarme siquiera, fajando con la envidia y el oficio de la edad a un par de furcitas tan necesitadas como ellos. Me molestó hacerla de chofer, pero pronto advertí la ventaja de la situación: no tenía por lo pronto que informarles nada de lo que, para ellos, sería seguramente un fracaso rotundo y para mí un desencuentro casual en la larga cadena de deleznable descalabros que es mi vida de aventuras unilaterales, como las llama Humbert Humbert en *Lolita*.

Al llegar a la casa de mi tía les dije: revísense las nalgas, porque la morena y yo nos vinimos varias veces en el asiento donde ustedes sólo se mojaron los dedos –y coseché de sus rostros imberbes la sorpresa de una mirada que no podía ocultar la admiración.



Paúl Núñez

Aquella camiseta blanca

Cecilia Durán Mena

El aroma de aquella camiseta blanca que usé en el concierto de B-52's dio pie a tantos recuerdos comunes y a otro insólito. Jamás me imaginé que vería a Miguel llorar como un niño, aunque a decir verdad, me da la impresión de que era de lágrima fácil. Los conocí en el mismo instante en que sonaban los primeros acordes, cuando las cantantes Cindy Wilson y Kate Pierson irrumpieron en el escenario y nos sorprendieron con sus peinados tan estrambóticos y cabelleras tan coloridas. The B-52's clavaban un "Planet Claire" inolvidable, y nos emocionamos con este grupazo que fue punta de lanza en los ochentas: una mezcla del pop raro y una explosión de *sci fi* cincuentera con unos teclados y unos coros imposibles, que nos hacía saltar muy felices mientras disfrutábamos de ser tan jóvenes y afortunados.

Reconocimos el acento. Cuando los mexicanos estamos en el extranjero aguzamos el oído y detectamos la forma de hablar de los paisanos de inmediato. Maritza y Miguel habían sido muy afortunados, ganaron el concurso de una estación de radio muy popular y les regalaron el viaje para venir a Londres al concierto de B-52's. Así que Radio 590, La Pantera, pagó boletos de avión, de concierto, gastos de estancia y todo lo necesario para asistir. Yo que siempre creí que esos concursos eran una farsa, me resultó una sorpresa mayúscula enterarme de que la suerte existe. No todos los premios están arreglados.

Nosotros vivíamos en Londres porque nuestros padres tenían una asignación consular que terminaría a finales de ese año. Era verano, éramos tan jóvenes y teníamos tantas ganas de pasarla bien que toparnos con un par de mexicanos nos resultó maravilloso. Éramos mexicanos, ergo, éramos amigos. Así operaba nuestro razonamiento lógico. La nostalgia nos llevó a normalizar las diferencias. Si no sabían hablar inglés, eso era lo de menos. Si ellos no pagaron una sola ronda de cervezas, a nadie nos importó. Brincamos felices, alzando los brazos y gritando ¡Rock Lobtser!, que fue lo que el grupo eligió para abrir el concierto. A partir de ahí la cosa fue para abajo, pero nunca me imaginé que tanto. Claro, a unos les va peor que a otros. Así es la vida. Apenas salvada la primera parte del concierto, cuando los B-52's atacaron sus temas más celebrados, los que todos esperábamos, algo se rompió y el desencanto en la cara de los asistentes se ponía en consonancia con

mi desarmonía. Me daba pena ver las caras de Maritza y Miguel tan desencantadas. Y, la verdad es que fue una pena porque seguro que lo pudieron haber hecho mejor.

Fred Schneider seguía convenciendo como *frontman*, y Cindy Wilson y Kate Pierson estaban en forma, la primera con sus bailes sesenteros marca de la casa, y la segunda con sus extraños movimientos y ese timbre vocal único. Hasta Keith Strickland dejó de lado los excesos rockeros, en fin, estaba todo para ser un gran concierto, pero algo falló. Por alguna extrañísima razón, mi hermano y yo nos sentimos con la obligación de compensarles a nuestros *amigos* la desilusión que les provocó el espectáculo. Pobres, era la primera vez que salían del país y llevarse ese fiasco era muy triste. Les ofrecimos un aventón al hotel y ellos aceptaron felices de ahorrarse ese dinerito. Si los hubiéramos dejado ahí, la historia habría tenido un final feliz. Pero, ya sabemos que el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones

Eran los años en que Maritza y Miguel abusaban del cuerpo en todas las formas posibles. Eran divertidos y ocurrentes. Pero, abusaron. Igual que B-52's que en aquel concierto no lograron estar a la altura de sus clásicos pasados, éstos se desbarrancaron en el carro de la buena fortuna. Maritza era una chica de piernas cortas y problemas largos. Miguel era un chico listo pero inseguro al que se le botaban las tuercas cada que alguien fijaba la vista en el escote de su novia y a ella le gustaba enseñar. Nos enteramos de que ellos estudiaban ciencias y nosotros administración, ellos iban a la universidad estatal y nosotros íbamos con los jesuitas. En pocas horas, ellos nos enseñaron un mundo diferente y nosotros hicimos lo mismo.

Aquella noche en Londres, quisimos dar cuenta de todo lo que se puede ver en unas horas, ya que a la mañana siguiente, ellos tomarían el vuelo de regreso a la Ciudad de México. Me acuerdo que se sorprendieron de la cantidad de *pubs* que logramos visitar, del sabor de la cerveza irlandesa y que a la tercera ya se les notaba que la cabeza les daba de vueltas. Luego, Miguel sacó un rollito de marihuana, lo encendió y quiso a convidarle a mi hermano que se puso muy serio y me advirtió con la mirada: ni se te ocurra. Claro que no se me iba a ocurrir meterme en semejante problema con mis padres ni recurrir a la inmunidad diplomática ¿para qué? Lo que a mi hermano no le dio miedo, fue besuquear a Maritza y llevársela a lo oscurito mientras su novio andaba

mareado y volando entre nubes de mota. La fiesta se prolongó más de lo debido. Al amanecer, los llevamos al hotel a que recogieran sus cosas y los fuimos a dejar al aeropuerto. A Maritza le pareció maravilloso ahorrarse lo del taxi, que de la zona de Victoria Station a Heathrow cuesta una fortuna. En el camino, Miguel se ensimismó, yo manejé y mi hermano y Maritza se fueron en el asiento trasero. Moví el retrovisor para evitarme la imagen de una blusa desabotonada y manos inquietas. Al llegar al aeropuerto, se bajaron, nos despedimos muy rápido y ni nos imaginamos que en segundos se meterían en un lío gordo porque no le permitieron subirse al avión en un estado tan inconveniente.

Claro, todos esos recuerdos llegaron en forma automática cuando abrí la caja olvidada en el ático de mis padres, aquel fin de semana en que ayudé a mamá a tirar tanta basura que no te atreves a desechar por miedo a perder la memoria. Lo primero que hice al ver la camiseta fue llevármela a la cara e inspirar profundamente. Conservaba ese olor agrio a la cerveza que Miguel me echó encima ya no sé si en el concierto o después, cuando paseábamos por Londres. Me acuerdo de la vergüenza horrible que me dio cuando la tela se me pegó al cuerpo y cómo un extraño me regaló la camiseta dichosa que usé para secarme hasta que me di cuenta de que era para ponérmela encima y todos se rieron de mi torpeza.

Regresamos a México. Olvidé el incidente y mi hermano se olvidó de Maritza y Miguel, sólo nos acordábamos de que fuimos a un concierto de B-52's que hubiera podido ser mejor. La vida siguió su cauce para ellos y para nosotros. Pero, una tarde nublada con un calor de treinta y tres grados, me topé de frente con Miguel. Venía cargado de bultos y tuvo que dejarlos en el suelo para saludarme. No sabía si darme la mano, un abrazo o un beso. Me tocó tomar la decisión y rodearlo con un fuerte apretón lleno de afecto, que iba más encaminado a la remembranza de lo que yo creí que era un buen recuerdo. Éramos mexicanos, éramos amigos no aplica igual en territorio nacional.

Entre los cómo estás, cuántos años sin vernos, qué tal la vida, me di cuenta que el tiempo lo había tratado mal. La piel morena, tenía surcos profundos alrededor de los ojos y de la comisura de los labios; las manos se veían secas, callosas y con las venas saltadas; las entradas del pelo dejaban ver una frente ensanchada y aunque las canas eran

pocas, la cabellera era rala. Era claro que no estaba frente a un científico sino a una persona que usaba la fuerza física para ganarse la vida, el overol de gabardina me hizo sospechar que se trataba del uniforme de un repartidor de alguna compañía de entregas. ¿Y Maritza? La mirada de Miguel era dura, apretó las mandíbulas. Hace mucho que no sé nada de ella. ¿Cómo? Hay cosas que no se superan con el tiempo, ¿me entiendes, no?

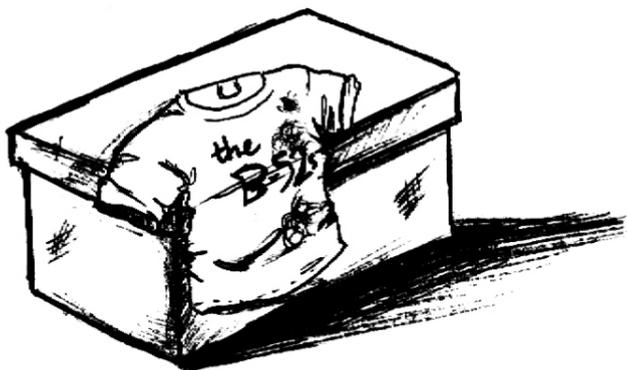
Estoy segura de que mi cara de duda le dio la pista. Recuerdo que la última vez que te vi, estaba eufórico, alegre, me dijo. Lo recordé sonrojado, tenía los ojos brillantes, caminaba con un poco de inestabilidad y era evidente su olor a alcohol. Ni te imaginas lo que nos pasó. Luego de despedirnos, ya dentro del aeropuerto, tuve algunos problemitas de equilibrio, estaba irritable. Me lo imaginé agresivo y grosero. Tenía sed y no me di cuenta de que me falló el control de esfínteres. En la fila para documentar el equipaje, empezaron las náuseas y vómitos. La gente de la aerolínea me invitó a sentarme. Maritza me soplaba aire y me pidió que respirara bien. En eso llegó un vigilante. Tuve la impresión de que elegía palabras para sonar elegante.

Todo fue de mal en peor. Me pidieron que caminara en línea recta y no pude tenerme en pie. Me dijo que empezó a gritar que su novia lo había engañado en el concierto. Me hicieron una valoración. Tenía la piel blanca y fría, y claro, que no me permitieron abordar el avión. ¿Qué hiciste? Nada, vi a mi novia subirse al avión, deslindándose de mí, se apartó rápidamente y no le importó dejarme ahí, a mi suerte. Huy, qué mal. ¿Y, luego? Luego, nada. Me encerraron en un cuartito pequeño, me dejaron horas, guardado como un abrigo olvidado. Los guardias del aeropuerto me interrogaron una y otra vez. Me hablaban en inglés y no entendía nada. Oye, hay leyes, hay derechos humanos, les decía. Los guardias se reían a carcajada limpia y luego me ignoraban. Hablaron al consulado. No llegó asistencia. Me deportaron. Ah, bueno, lograste regresar a México. La cara de Miguel se avinagró. ¡Huy, sí, qué suerte tuve! Perdí vuelo y novia. A mí me parecía que no era mucho. Pero, su cara me hacía ver que su justipreciación de los hechos era diferente.

Creo que si no los hubiéramos encontrado, todo habría sido mejor. Fueron nuestras aves de mal agüero, me le dijo con gran desprecio. Al volver la mirada al suelo, se dio cuenta de que uno de sus bultos había desaparecido. La sonrisa se le cayó, la cara adquirió color

de cera. Miguel se sentó en el suelo y empezó a llorar con lágrimas gordas e hipos profundos y antes de que pudiera decir nada, me despedí sin palabras. Agité la mano y me fui caminando rápidamente. Otra vez, fui ave de mal agüero. Nunca me vi a mí misma como un amuleto de mala suerte. Han pasado treinta años de aquel concierto y más de veinticinco desde que me reencontré a Miguel. Suspiré hondo.

¿Qué tienes?, me preguntó mi madre en medio de cajas de cartón en los que iba guardando los recuerdos de tantos años de vida. Elevé los hombros y quise explicarle porque el olor de aquella camiseta blanca llenó de nubes mis recuerdos. Pero, ella me arrebató aquella camiseta blanca y la aventó a una de las cajas que irían a dar a algún dispensario de caridad. No importa, cualquier cosa que haya pasado con esa camiseta blanca, pasó hace muchos años. Sonrió, con esa expresión de las madres que todo lo saben de sus hijas y que ignoran el mal que pueden llegar hacer los frutitos de sus entrañas, queriendo y sin querer.



Paúl Núñez



Friné Alejo

Miedos, de Friné Alejo

YO QUIERO SER EL ESPACIO



ENTRE TU PIEL Y TU ROPA

Yo quiero ser el espacio entre tu piel y tu ropa, de Jennifer Frías



HAGÁMONOS BOLITA

Hagámonos bolita,
de Jennifer Frías



Pendular, de Andrea Fischer



Tonos menores de perla II, de Andrea Fischer



Podemos ser amigos,
de Alessandra de Zaldo



Pensar sobre pensar,
de Alessandra de Zaldo



Sin título, de Rodrigo Amaya Trucchi



Sin título, de Rodrigo Amaya Trucchi

Abrazo de agua

Mónica Soto Icaza

En la punta de los dedos el viento. Un abrazo de agua. Vaivén somnoliento con el sol en la punta de la nariz. Ella ayer soñó que se parecía demasiado a la mujer que reflejaba el espejo. Eran los ojos, la forma de la cabeza, el mismo remolino en el copete. Pero las comisuras de la boca no. Ni la celulitis en los muslos. Ni el vientre que busca fugarse de su sitio, como ella, que quiere huir de ella. De él. De todos. ¿En qué momento dejó de ser la más guapa de la fiesta? ¿Cómo perdió su figura? ¿Cuándo extravió la envidia ajena? Sabe que cuando salga del mar solo la seguirán con la mirada algunos distraídos, de esos que se fijan en cualquier escoba con bikini. Antes no. Antes la miraban con deseo. En el pasado. El abrazo de agua de mar por la espalda era prometedor. Con el tiempo suficiente en el mar podría poner fin a su viaje hacia las líneas plateadas en su coleta, a las arrugas exageradas en la sonrisa, a lo amarillento en sus dientes. Al testimonio de su cuerpo de que cada día más es un día menos. El aire en la punta de los dedos. El placer indeseable, parecido al del hombre que la penetraba en esos días: magnífico para el sexo, pero insufrible para la convivencia, como el placer de sentirse haciendo algo distinto, cuando en realidad era igual a todas. Un abrazo de mar incómodo. El dolor en la nuca, el ardor en la parte alta del pecho. La búsqueda infructuosa del deseo de vivir. La invocación a todos los fantasmas que se han ido y flotan cerca de ella a la espera de que ella y sus fronteras bajen la guardia. Flotar y saber que la corriente la llevará, no hacia mar abierto, sino a la orilla. Donde rompen las olas y las olas revuelcan. Tal vez con algo de agua en los pulmones volverá a desear la vida, porque una de las ideas más incómodas que pueden ocurrírsele a un vivo es que la vida estorbe. Ella le estorba a todos: a su esposo, a sus hijos, a sus jefes que no pueden desecharla por interés. Se estorba hasta a ella misma. También le estorba el suicidio, porque la cobardía en ella ocupa demasiado espacio y su valentía es un recuerdo, el recuerdo de cuando murieron sus hijos por creerse invencible. Ya no siente el viento en la punta de los dedos ni sabe si la nuca sigue en su sitio. La punta de los pies arde como las voluptuosidades de su cara y en su estómago hay ya tanta agua salada que se ha vuelto imposible mantener la línea paralela con el horizonte sobre las olas. Siente en el cuerpo el impulso de darse

la vuelta, pero no puede moverse, las arcadas amenazan con acabar con el ensueño de la muerte. Entonces ella sonríe. Los párpados están tan quemados que sabe que ya no podrá abrir los ojos. Adivina la puesta de sol en la corriente fría que pasa de repente por su espalda, en las voces que han ido desapareciendo de la playa, en su imposibilidad para moverse, para pensar en las nuevas comisuras de la boca, o en las líneas blancas en su coleta, o en la ausencia profunda de la recámara junto a la suya en casa, que aún tiene la ropa en el closet y el cesto de ropa sucia lleno del olor que más ha amado jamás. El sonido de un silbato lejano, el chapoteo, gritos de voces nuevas, el dolor que regresa al cuerpo, el ardor en la punta de los dedos, en las voluptuosidades del rostro, en los pezones lastimados debajo del traje de baño, en los recuerdos que seguirán acumulándose en los días, en todos los sueños, desde aquella media tarde fatal, hasta cuando a alguien se le pegue la gana terminar con ellos. Ella siente un brazo que atraviesa su pecho, un cuerpo que jala su cuerpo y lo coloca sobre una tabla lisa. Escucha la respiración agitada de un hombre que nada hacia la orilla arrastrando el cuerpo de ella, inundado de agua salada y fracaso. Siente la arena en la piel de la espalda, una boca intrusa en los labios que besaron tantas veces y ahora solo maldicen. Cuando la ponen sobre su costado derecho y de su boca y pulmones salen litros de agua de mar junto con sus ganas de vivir, mira como en un sueño instantáneo las sonrisas de sus niños que le dicen un “hasta luego” más lacerante que el dolor con que los parió.



El eterno Reich

Felipe Cuevas Ruíz

Disuelto en la invisibilidad, avanza. Casi le cierran las puertas cuando sale del metro Bellas Artes. Todo luce desierto. Los faroles derraman luz amarilla sobre Avenida Juárez:

parecen abandonar la realidad con cada parpadeo agotado de vigilia. Es necesario establecer la distancia ideal y mostrarse. Camina tras ella con la apariencia de un despreocupado: ya se presentará el momento. Los antropoides no pertenecen a la sociedad:

¡son tan prescindibles y salvajes! El aspecto camufla de espantos.

El portafolio en mano le da un aire ejecutivo. Alto y delgado, pelo rubio cenizo que se platina con las luces de los autos, se acomoda el nudo de la corbata y acorta distancia. La expresión es grave; la sonrisa, aguda. Es fundamental ocultar más que develar. Procura no exponerse a la primate, quien voltea de tanto en tanto en un afán por no perderlo de vista.

Se aleja de ella. Le otorga el alivio de la distancia. Parece que se confió. Ahora cruza hacia la Alameda, que la atrae con la seducción del laberinto. Perra. Se cree a salvo.

La mujer se apresura. Jesús, María y José, lo mejor es irse por el pastito. Allá hay más luz. Ay, Santo niño de Atocha. El miedo le hace violar las áreas reservadas al césped.

brinca los setos, tropieza, cae, se detiene tras los fresnos y los sauces. Acalla el aliento y los embates del corazón para escuchar los pasos, pero oye un silbido. No sabe que el ejecutivo entona el prelude de una ópera wagneriana. Quiere correr, el pavor la inmoviliza, aunque se arrastra hasta la fuente de Neptuno. Allí, se oculta debajo de una banca. Se cree capaz de esconderse. Las enaguas rosadas y el huipil floreado resplandecen como medusas en el abisal. Hay en ella una torpe y aturdida ingenuidad. Lloro. Ay, San Juditas, pero si está guapito.

El silbido se aproxima como si supiera dónde se encuentra la changa. Alguna iglesia lejana desgaja sus campaneos con una cadencia sórdida, un eco a punto de tragársela con su festín de fantasmagorías. Traspasando el velo de la oscuridad y ante el espejismo de la muerte, la mujer se asoma y adivina a poca distancia la sonrisa del caballero.

—¡Einsam in trüben Tagen! —exclama.

La mirada captura la prevención de los labios, la incredulidad, el cuerpo debajo de la banca; devora la caricia nocturna y ejerce su voluntad. Al ejecutivo le sobra tiempo para su ritual.

Por la mañana, la escena del crimen provoca un gran asombro, no por el muerto ni por su desamparo, sino porque era rubio y, al parecer, extranjero. Fotógrafos de nota roja y forenses tramitan la atrocidad para tamizar el homicidio con el filtro de sus encabezados.



El filósofo de la torre de marfil

Juan Carlos Padilla Monroy

Acerca del filósofo

Cuenta la leyenda que en un punto muy impreciso del mapa vivía un extraño erudito que pasaba todo el día y toda la noche encerrado en el piso más alto de una torre de marfil. Esta torre circular, que se hacía más delgada conforme subía espiralmente, ha llevado al filósofo toda una vida en construir, incluso – deduzco – sigue construyéndola. La torre de marfil era blanca, pero no estaba hecha de marfil, sino de piedra, si se le ha llamado de marfil es por terquedad del erudito, ya que según él, en lugar de una textura dura y rugosa, tiene una suave y lisa por donde podría deslizarse suavemente una pluma de ave, pero esto es así sólo para sus ojos, ya que la teoría no ha podido comprobarse todavía porque – según me dijo un día – no desea perder su pluma o salir de la torre, a la realidad, sólo para recuperarla. Nadie ha podido hacerlo entrar en razón.

- Así la veo yo, y háganle como quieran – respondía.

Sobre la torre de marfil

La punta de la torre está coronada con un piso alto en forma de huevo irregular que termina en su punta con una chimenea que siempre está encendida; es en este sitio donde el filósofo tiene, lo que él mismo llama, su laboratorio. Este laboratorio tiene cuatro ventanas por donde entran los cuatro vientos desde los cuatro puntos cardinales; en una ventana mira el atardecer, en la otra el amanecer, en otra las innumerables estrellas y en la otra – según me contó – observa nuestra realidad con la ayuda de un telescopio. El laboratorio del profesor está lleno de instrumentos curiosos: unos son grandes y elaborados con materiales hoscos, otros son pequeños y frágiles, pero sólo él puede utilizarlos porque podrían alterarse si no se usan adecuadamente.

De los rumores acerca del filósofo de la torre de marfil

Durante mucho, mucho tiempo, nadie había visto al filósofo salir de su torre, y los más entendidos de la aldea aseguramos que nunca saldría, pero lo que constituía un misterio eran los secretos que guardaba la torre de marfil y, sobre todo, los experimentos que tan esmeradamente realizaba en su interior. Unos decían que el filósofo es en realidad un astrónomo que intenta averiguar el día y la hora exacta en que se acabará el mundo.

- Prueba de ello – dicen – son el telescopio y las ventanas estratégicamente colocadas de su laboratorio.

Otros, en cambio, aseguraban que es alquimista y que ha encontrado fórmulas para crear oro y otras piedras preciosas.

- Pero se ha guardado el secreto – decían – y morirá con él.

Algunos más fanáticos aseguraban que era un enviado de Dios o del Diablo, y que haría una gran revelación el día y la hora menos esperados; unos más, los menos, decían que sencillamente estaba loco y preferían ignorarlo, pero algunos otros estimamos que no es ni una cosa ni la otra, pero nos causa mucha, mucha intriga y curiosidad saber lo que hace, estudia, observa y lo aleja tanto de la realidad.

Sobre el conocimiento de la misteriosa torre de marfil

Una vez, mientras leía un libro de historia de otros reinos, donde un gobernante, para obtener los conocimientos que le ayudarían a dirigir a su pueblo, partía lejos prometiendo volver pronto, nunca volvería dejando a su pueblo con la esperanza de su retorno; según la leyenda, hay quien todavía sigue esperándolo. Fue entonces cuando decidí averiguar los planes del filósofo. Permanecía días enteros parado debajo de la torre para obligarlo a cruzar algunas palabras conmigo, pero pasaron los meses y aquél hacía oídos sordos a mis gritos. Estudié el modo de introducirme en la torre, pero fue imposible, el portón de madera que sirve como entrada es altísimo, no permite puntos de apoyo, está bien cerrado y no deja escurrir ni luz ni ruido, además de abrir hacia dentro y no tener manija ni llave.

Apunto estuve ya de olvidarle cuando se deslizó suavemente junto a mí una pluma negra de cuervo.

- ¡Lo sabía, lo sabía! – escuché su voz, voltee a mirarle y me miró.

- ¿Qué haces allá abajo?, ¡No vayas a tocar la pluma!
¡Ahora bajo!

Tardó un tiempo antes de que pudiera quitar todas las cerraduras de la puerta, después me miró divertido mientras mascullaba.

- ¡Lo sabía, lo sabía! ¿Qué hace usted aquí? ¡Lo sabía, lo sabía! – recogió la pluma del suelo.

- ¿Qué es lo que sabía que lo tiene tan contento? – pregunté en lugar de responderle.

- Pues que mi torre es de marfil – dijo riendo.

- ¿Pero si no es de marfil, es de piedra?

- Eso es lo que tú crees porque no sabes observar, la pluma se deslizó suavemente, ¿ves? ¡Lo sabía!, pero nunca me había dado a la tarea de hacer el experimento, me daba flojera bajar, por eso no lo había hecho, si Súlformen no me hubiera tirado intencionalmente la pluma... je je je, ¡no es genial!

- Sí, supongo – respondí – pero ¿qué hace usted todo el tiempo allá arriba?

- Estudio muchacho, estudio, y leo y hago conjeturas...

- ¿Y de qué le sirve todo eso?

- Ciencia muchacho, ciencia, y cultura... es un mundo fascinante, y te lo estás perdiendo – guardé silencio y luego repliqué.

- ¿De qué sirve un mundo maravilloso si no puede compartirlo con nadie?

Su sonrisa se desdibujó, guardó silencio, me miró con hosquedad y se limitó a decirme.

- Estoy muy ocupado muchacho, regresa otro día – y cerró la puerta tras de él.

Lo poco que pude vislumbrar del interior de la torre mientras permaneció abierta fue una escalera que subía en espiral y cada escalón salía del muro como la espina de un rosal, las paredes estaban desnudas y sólo las iluminaba la luz de unas antorchas.

Regresé al día siguiente tomándole la palabra al profesor, pero ese día su cabeza nunca asomó por el sur. Pasaron los días, las semanas y los meses, apunto ya de olvidarle se abrió lentamente el portón de madera.

- Usted tiene razón, joven – me dijo – de nada sirve una torre de marfil si no puede compartirse. Yo quiero mostrársela si usted me lo permite – estaba atónito, no podía creer lo que escuchaba, accedí

instintivamente y cerró tras de mí la luz exterior; subimos por las escaleras hasta el segundo nivel.

- Éste – dijo – es el salón del arte.

Un sin fin de pinturas, esculturas y artefactos de rara pero extraordinaria belleza se presentaron ante mí, algunas de ellas me parecían familiares, probablemente porque alguien me había contado antes de ellas, o lo había leído en algún lugar. No me permitió tocar nada, pero respondió a todas mis preguntas con gran excitación.

- ¿Y cuál es su favorita? – me aventuré a preguntar.

- No lo sé – respondió al cabo de un rato – nunca me pregunté eso... todas las cosas tienen su cosa; algunas me gustan porque inspiran emociones, otras por el significado que tienen para mí, y otras sencillamente por el recuerdo de la persona que me la entregó o la dificultad que tuve que enfrentar para conseguirla.

Me invitó a subir al siguiente nivel por la misma escalera que serpenteaba por el muro.

- Es el salón de las imágenes – me dijo – no te muevas hasta que encienda el fuego.

La habitación estaba oscura, yo permanecía en mi lugar, él se alejó de mí, no podía ver nada, sólo escuchar sus pasos alejarse hasta el otro extremo de la sala; minutos después apareció un fuego que lentamente se dibujó sobre el suelo en forma de un círculo exterior que conecta a uno interior a través de cuatro ramas; la luz no era mucha, pero las imágenes que lentamente aparecieron frente a mis ojos me llenaron de asombro, estiré mi mano para tocar una.

- je je je je je je je – rió satisfecho y no sin cierta malicia – no podrás tocarlos, son inmateriales.

- ¿inmateriales?

- No existen, bueno, sólo aquí y ahora, si hubiera más o menos fuego desaparecerían.

No cabía del asombro, las imágenes eran muy nítidas: árboles, flores, casas de la aldea, la luna, las aves... todas se movían despacio frente a mí.

- Confieso que es uno de mis más preciados inventos.

De pronto se extinguió el fuego y las imágenes se desvanecieron.

- Creo que es suficiente por hoy – dijo en tono seco – regresa otro día y quizá te muestre otra sala de la torre, no conviene agotar el conocimiento de una vida en unas cuantas horas, ahora es momento de estudiar.

Me despachó con cierta frialdad, pero mis deseos por conocer el resto de la torre y escribir sobre sus maravillas inflamaron mi espíritu. Volví al día siguiente pero el profesor no apareció en lo alto, al día siguiente tampoco, ni al siguiente, pero persistí, ni la lluvia ni el frío impidieron que me diera una vuelta todas las tardes de aquel mes por la torre de marfil, ya hasta me parecía que la torre, efectivamente, era de marfil.

Un sábado por la mañana, mientras dormitaba recargado sobre el muro de la torre, la puerta se abrió súbitamente, él no estaba ahí, pero su voz traída por un viento que soplaba desde adentro me invitó.

- Pasa ya.

Entré y la puerta se cerró detrás de mí, ascendí lentamente, no me detuve en el salón del arte pero quedé atónito al percibir una resina que recubría las paredes del segundo nivel, el piso estaba bien iluminado. El erudito me esperaba en el tercer nivel.

- Esta que ves ahora, es la sala de la literatura.

Una inmensa biblioteca rodeaba la sala, ora una escalera para alcanzar los volúmenes más elevados, ora un librero de menor tamaño podía moverse para dar alcance y descubrir más y más libros.

- Las historias más importantes que se han escrito hasta hoy – dijo orgulloso, faltan muy pocas obras conocidas, pero las sustituyen otras de menor renombre mas no por ello menos bellas.

Pero eso no era todo, el piso y el techo de la sala se adornaban con pinturas de vivos colores sobre los personajes más increíbles, parecían salidos de los mismos libros, y no únicamente los protagonistas, sino también, y sobre todo, los villanos, las damas y los monstruos que respiraban entre las hojas estaban retratados.

- Yo mismo los he pintado todos – presumió – aquél es mi favorito – señaló un dragón que sobrevolaba un castillo. A mí me extrañó que eligiera uno y me lo mencionara, por lo que había ocurrido la vez anterior, quizá el filósofo realmente me estaba dejando entrar en la realidad de su torre de marfil.

El siguiente nivel era muy parecido pero no menos interesante, en lugar de dragones y héroes, en las pinturas aparecían personajes célebres y frases que han marcado a la humanidad, era el salón de la historia, y todos aquellos libros contaban historias reales o al menos, se presume, sucedieron en algún otro lugar del mapa en tiempos de algún otro cartógrafo; había incluso un rincón donde ordenaba unos rollos.

- Son mapas, algunos incluso son bocetos de mapas. Tomó uno de ellos y lo extendió sobre una mesa que había al centro del recinto.

- He copiado algunos que el tiempo ha querido borrar, pero no se deben olvidar.

Aquella tarde me llevé a casa más reflexiones, y la pluma fluyó hasta muchas horas después del amanecer. Volví por la tarde a la torre, algunos aldeanos, amigos míos, comenzaron a rumorar sobre mis visitas al filósofo.

- Lo ha convertido a una secta – decían; pero decidí no hacerles caso.

Esa tarde no abrió como era costumbre, pero cuatro días después lo hizo con mayor ánimo que nunca, y me mostró los siguientes niveles.

Fue así como conocí la sala de la ciencia, donde convergían desde papiros con trazos de esquemas sobre el equilibrio del cuerpo humano hasta fósiles animales y vegetales, además de rocas de diversos tipos y tamaños; sobre unas mesas de madera que más bien eran tableros viejos, se amontonaban escritos y trazos de todo tipo, en uno de ellos había un mapa minucioso y muy bien ilustrado de la aldea.

- Es aquí donde yo vivo – le dije señalando el mapa - ¿Quizá deberías venir a conocerla un día?

- Sí, lo sé, ya la conozco, te observo desde lo más alto de mi torre aunque no me veas – dijo distraídamente mientras buscaba algún papel para mostrarme.

Aquel día conocí también el salón de las dudas, donde el profesor, con pequeños trozos de madera tallado, escribía las preguntas a las que debía dar respuesta..

- Cada que surge una nueva – comentó – tallo una tablilla y la arrojó al suelo, luego, cuando vuelvo, tomo una al azar y trabajo sobre ella; cuando doy respuesta satisfactoriamente la quemó, cuando no lo consigo la vuelvo a tirar.

Era imposible caminar sobre el suelo pues estaba tapizado de tablillas grandes y pequeñas con preguntas sobre los astros, el hombre y sus pasiones, las sociedades...

Me despidió como hiciera en otras ocasiones y prometí volver al día siguiente, él no me respondió pero yo volví como era mi costumbre a los pies de la torre de marfil, mi pluma no paraba de dibujar con letras.

Varios meses continué así, conociendo poco a poco los demás salones de la torre, cuanto más me acercaba a la cima más la añoraba

y deseaba llegar a ella, al mismísimo laboratorio del profesor, pero, al mismo tiempo, experimentaba tristeza, pues si agotaba el conocimiento ya no tendría sobre qué escribir y pensar ¿Qué sucedería cuando termináramos de recorrerla? ¿Podría revelar todos los misterios de la torre del filósofo? Dudas y más dudas me permitían pensar y repensar, llenar cuadernos y agotar la tinta, y así fui creyendo que las ideas cambiaban en mí.

Así fue como recorrí cada uno de los niveles de la torre, descubriendo y conociendo cosas nuevas y asombrosas que un solo ser humano había concebido a lo largo de su vida. Cuando llegamos al penúltimo nivel, me encontré con una cámara vacía, sólo podían mirarse las piedras que comprendían la losa y el muro.

- ¿Por qué está vacía esta sala?

- Porque aún no he comprendido la ciencia a la que corresponde esta sala – suspiró – es la sala del Amor y las emociones humanas – un largo silencio se apoderó de la cámara – aunque antes he experimentado emociones – continuó – la que compete al Amor no la he sentido nunca, al menos eso creo.

- Pero ¿cómo es posible? – pensé – un elemento tan importante como es el Amor no puede estar vacío – debí decir esto último en voz alta porque me respondió.

- Las emociones humanas, y principalmente el Amor, son indefinibles, necesariamente existen, pero no pueden tratarse objetivamente. No he querido ocupar esta cámara en alguna otra ciencia porque no hallo ninguna más importante, por eso creo que la torre de marfil no está terminada aún, le falta el cuello para sostener al cabeza.

Sentí una compasión muy grande por el maestro, ya que, aunque mi juventud no me permite hablar con gran conocimiento de causa sobre el Amor, al menos lo he experimentado, pero parece que el profesor no había sentido lo que es estar enamorado, eso que se siente como el alma que se quiere salir del cuerpo, es una sensación muy extraña, pero muy hermosa también.

Es ahora cuando debo confesar a mi amigo lector que nunca he conocido el laboratorio del filósofo, no por falta de ganas, sino porque para mala fortuna mía, pero buena fortuna para el maestro, ocurrió que se le presentó la oportunidad de comenzar a llenar aquel vacío.

Sobre el abandono de la torre de marfil

Muchas semanas estuve esperando a que el filósofo abriera nuevamente la puerta, esperaba con ansia todo el día, pues quería llegar hasta el último piso de la torre, y no me iba a rendir faltándome tan poco, parecía como si la torre hubiera sido abandonada, buscaba asomar su cabeza por el sur, grité como solía hacer en mis primeras visitas, pero todo fue inútil, un día finalmente desistí, no volví más a la torre con la esperanza de que, pasados los meses, volviera un día y me recibiera como si nada, o de que enviara a algún mensajero para que me buscara porque deseaba verme, pero eso tampoco ocurrió.

Cuenta la leyenda que un día, no mucho después de que dejé de visitar la torre, llegó a ella una muchacha, no era de mi aldea ni de ninguna cercana según se cuenta, también se dice que era noble de cuna y que se había extraviado en la zona, buscó asilo en la torre y después de cuatro días la puerta se abrió. La muchacha era muy bella, de tez pálida y labios carmesí muy delgados, en sus ojos brillaba el ámbar dulce del brillante sol; nadie la vio entrar, pero todo el pueblo la vio salir con el filósofo de la torre, muy pocos lo habían visto, y a ella nadie la conocía, quizá por ello se recuerda tanto el acontecimiento; algunos escépticos incluso afirman que tal evento no ocurrió, pues no podía suceder, y atribuyeron las visiones al efecto de las bebidas adulteradas o a la histeria colectiva, pues en ese tiempo la gente estaba ávida de historias y el filósofo de la torre de marfil era tema común en las tabernas.

Se cuenta que el filósofo antes de salir de su torre enseñó las artes a su nuevo discípulo, algunos amigos se burlaron de mí aduciendo que me faltó un poco de encanto para obtener la sabiduría del maestro, pero yo que entiendo el frágil cuello de la torre retorné a mis cavilaciones acerca del filósofo y volví a escribir sobre él.

No puedo precisar el tiempo que juntos pasaron la muchacha y el maestro dentro de la torre, pero cuando se dejaban ver por el pueblo encontraba al filósofo algo más alegre, radiante, con una luz interna que lo hacía lucir diferente, elegante, vivaz, diestro... ellos conversaban todo el día, y cuando no lo hacían contemplaban silenciosos la naturaleza y el ocaso.

- ¿Qué distinta es la vista desde aquí abajo? – me dijo a manera de saludo un día que los encontré en el mercado, ella me sonrió con una

sonrisa franca y ambos continuaron con sus compras. ¿Cuánto habría podido influir en él este cambio de perspectivas?

Fue una larga temporada la que pasaron juntos entre nosotros la muchacha y el filósofo, nunca tan largo como el tiempo que pasó y seguirá pasando adentro de la torre, pues cuenta la leyenda que el filósofo un día, de pronto, regresó a su adorada torre de marfil.

Del retorno a la torre de marfil

En todo el tiempo que permaneció fuera de la torre, el filósofo no parecía experimentar cambios en su estado de ánimo, siempre estaba radiante de felicidad, alegre y sonriente, nunca lo vimos discutir ni reñir con nadie, pero un día, sin aviso alguno, el filósofo regresó a su torre.

Nunca volvimos a saber nada sobre la muchacha; algunos opinan que la muchacha se cansó de él y lo abandonó, algunos otros que fue asesinada por un arranque de celos y que la ocultó en la torre, incluso hay quien afirma que hace experimentos con su cuerpo, pero yo, que conozco un poco más a este extraordinario personaje, pienso que sencillamente está decorando el lugar que había dejado vacío.



Paúl Núñez

En algún lugar

Iván Medina Castro

Ahora se abren puertas de cuartos vacíos,
se oyen pasos en el tejado que no existe.

Jaime Sabines

Las tardes son todas paralelas, y esta última, a pesar de ello, es ominosa. Imaginé mi muerte... sonó la alarma sísmica y al momento de escucharla evacué como lo había hecho en otras ocasiones –sin correr, empujar o gritar-, aunque me suele pasar que al oír la alarma sísmica salgo cuando ya todo ha pasado, sin embargo, en esta ocasión fui el primero en abandonar el inmueble y pronto me resguardé debajo de un árbol mantequero en una plaza sitiada de edificios. Al poco rato el lugar estaba saturado de gente que creí conocer aunque nunca había visto –a pesar de la multitud sentí un vacío interno aunque después reflexioné; la soledad es rica en engendrar ideas y el silencio despierta los sueños-. Mi hijo y mi mujer no estaban conmigo.

De regreso al hogar, cerré la puerta y al darme la vuelta quedé atónito. Una extrañeza me quemó por dentro, así que con una mirada rauda peiné el lugar ¡Me había metido a otro departamento! Salí y el número en relieve grabado sobre la madera de la puerta era el correcto. Al constatar que esa era mi casa reí de manera ingenua, giré el picaporte y de nuevo entré. Y en ese espacio aún lleno de incertidumbre me dirigí a mi computador. Estaba como la había dejado. La tapa abierta me invitaba a continuar con el hilo del relato suspendido por el temblor, me acomodé en la silla y para mi sorpresa al tocar una tecla el resguardado de pantalla no era el mismo. Cerré los ojos como en estado de trance para recordar cuándo había cambiado la imagen del resguardo. El olvido me sorprendió. Abrí los ojos y alcé la mirada una vez más ante la sensación incierta que aún con su calor recorría mis entrañas para darme cuenta que los muebles, la pintura de las paredes, los cuadros, nada era en lo absoluto lo que pertenecía a mi hogar. Un desespero se apoderó de mí, di algunos pasos y me situé en la habitación de mi hijo. Ingresé tranquilo mientras pensaba que el exceso de trabajo estaba jugando con mi mente.

Me inquietó oír la respiración de mi pequeño pues él no estaba en casa. Incrédulo me aproximé a la cama que tanto reconocía pues allí más de una vez mi hijo me había jalado de las barbas para regresar al cuento que le leía, y nada, había oscuridad. Retirándome los lentes me tallé los ojos para enfocar mejor y en eso, oí la voz de mi hijo: “papá, tengo sed”. Su calidez tonal no me asustó, por lo contrario, me acerqué a la mesa de noche, tomé el vaso y esperé a que se acomodara mi pequeño para recibir el agua. Tras inclinarse en la cama, el claro de luna alumbró el rostro de una niña de cabellera larga. Pávido quedé ahí, con el vaso extendido. La niña bebió y al terminar dijo con encanto: “te quiero mucho papá.”

El vaso resbaló de la mano junto con la cordura. Un pasmo más allá de lo que jamás había sentido se apoderó de mí. Controlé la respiración y me dirigí a mi alcoba con un grito amordazado que parecía escurrirse. Pasé el umbral de la puerta con sigilo y detallé todo lo que antes no había absorbido. ¡Sí, era mi recámara! Me reía a carcajadas mudas para no desfallecer ante tanta incertidumbre. ¡Sí, este es mi hogar!, repetía una y otra vez. Cuando me aproximé al tálamo, ahí mismo me helé ¡ella estaba tendida en el lecho, de espaldas a mí!, solo verla allí me constriñó el aliento. A pesar de ello, me desvanecí en las sábanas tibias de su cuerpo. Me abracé a ella, estremecido, como aferrándome a la certeza y en ese momento una sonrisa incierta me arropó. El olor emanado de aquel ser no era el conocido; esa jugosa mezcla de azahar y bergamota de viejos aromas que tanto me atrapaban. Mi mano trémula empezó a recorrer aquel talle hasta posarla entre sus muslos solo para constatar que lo que tocaba y a la vez desprendía un deseo maravilloso no era el cuerpo de mi mujer.



Inconvenientes de los precios bajos

José Manuel Hidalgo

El primero en darse cuenta fue un niño que, en cuanto vio al hombre que se elevaba, dejó de tironearse del brazo de su madre. El segundo fue el empleado de salchichonería que despachaba a su clienta medio kilo de jamón de pavo fresco, rebanada delgada, sí, así está bien, rapidito por favor, traigo prisa. Después, un señor que no decidía si comprar la misma marca de desodorante o aventurarse a comprar uno más juvenil y que, según el comercial, lo haría irresistible a las mujeres, y mujeres guapas, pensaba, pero el precio es un abuso, decía mirando el techo del *Supercenter* esperando que, de la luz impersonal, llegara una respuesta. De pronto un hombre elevándose, al principio se despegaron sus pies sólo unos centímetros, imperceptible, después unos metros, sorprendente, el hombre, que había detenido su ascenso poco antes de chocar con el techo, tenía en sus manos un paquete de galletas. Estaba viendo la fecha de caducidad cuando por los altavoces de la tienda se anunció la oferta de las galletas y, casi de inmediato, el hombre comenzó a subir por los aires. Después todos los clientes con las cabezas en alto, susurros primero, después frases que no pudieron completarse, hasta que una voz se alzó por encima del asombro: ¡ese hombre está flotando! En efecto, estaba flotando, los ojos pestañaban y, aunque esa aseveración era obvia, era necesaria, nadie lo hubiera creído de no decirlo además de verlo. A la afirmación siguieron monosílabos temblorosos, peticiones de auxilio y hasta plegarias a los santos. Ajena al insólito, la voz del altavoz anunció un descuento en las carnes frías y lácteas: jamón, tocino, queso manchego. No había terminado de anunciar los productos cuando todos los de la fila, y los que tenían en sus manos o carritos aquellos artículos, comenzaron a elevarse. El griterío fue espantoso. En especial el de la mujer que traía a su hijo de la mano, el niño inocente, había quedado colgando no queriendo soltar la mano de su madre, al final se soltó, no hubo tragedia, pero sí un moretón en la rodilla. La voz volvió a alzarse y comenzó a anunciar más descuentos en varios productos, precios bajísimos, de risa loca, tan insólitos como lo que sucedía cuando los mencionaba, aproveche los descuentos, decía, no puede dejarlos pasar, estos precios lo harán flotar por los aires. Y sí, ahora todos los clientes estaban flotando, excepto el

hombre de los desodorantes que, gracias a su indecisión, se encontraba besando el suelo.

Fueron necesarios unos minutos para que la gente flotante pudiera tranquilizarse y, si no aceptar, por lo menos resignarse a su nueva condición. ¿Qué hacemos?, ¿qué está pasando?, las preguntas se repetían, algunos, pensando que volar sería como nadar, empezaron a dar brazadas y pataleos para intentar desplazarse, pero fue un esfuerzo inútil, sólo conseguían desestabilizarse y, ante la amenaza de caer, dejaron de hacerlo. La mujer del jamón, que ya había olvidado su prisa, empezó a pedir ayuda a la voz de la tienda. La voz volvió a escucharse, tranquila, como si no hubiera cientos de personas flotando, y dijo que había terminado el descuento en las galletas. El primer hombre, que aún tenía consigo el paquete de las galletas, comenzó a descender, despacio, hasta tocar de nuevo el suelo y echarse a llorar. Antes de que alguien pudiera decir algo, la voz anunció que había terminado la oferta de los lácteos y las carnes frías, así, poco a poco fueron terminando todas las ofertas, y los clientes fueron tocando tierra de nuevo. Los precios volvieron a su normalidad, incluso más caros, nadie protestó esto porque, por lo que se supo después, cada peso aumentado a los productos era un gramo más de gravedad. Es por eso que ahora todas las cosas están tan caras. De vez en cuando alguna señora inconsciente se queja de los precios, pero basta un recordatorio sobre lo peligroso que es querer que las cosas sean diferentes para que deje de estar molestando.



Paúl Núñez

La renta

Pita Escalona

Lo que sucede en diez minutos es algo que excede
a todo el vocabulario de Shakespeare.

ROBERT LOUIS STEVENSON

—Están en su casa, miren todo lo que quieran —dijo la mujer con su acento alemán y regresó a la sala con el hombre rubio, dejándonos a Rosario y a mí a la mitad del pasillo. Me desagradó que no se tomara el trabajo de enseñarnos el departamento, como si hubiera intuido que no podríamos rentarlo, y en efecto nos bastó entrar en la primera habitación, el estudio, todo revestido de caoba, para darnos cuenta de que estaba fuera de nuestras posibilidades. Aún así decidimos continuar el recorrido. Si el estudio nos había impresionado, la habitación principal nos dejó boquiabiertos. Una cama *King size* con barrotes en las esquinas como si fuera a sostener un dosel; a juzgar por el color diría que era de encino. Una colcha blanca de encajes y varios cojines sobre las almohadas invitaban a acostarse. De una de las paredes pendía una pintura moderna monumental en colores pastel, del otro lado un mueble de piso a techo hacía las veces de librero y de soporte para la televisión. Frente a nosotros un ventanal con una vista espectacular. Me puse a identificar los grandes edificios, mientras Rosario entró al vestidor. — ¡Nomás ven a ver! —me dijo. Yo seguí viendo a través de la ventana, en busca del edificio donde vivíamos; sólo escuchaba que ella abría y cerraba cajones. Cuando por fin lo encontré, dije: “¡Mira, allá está la casa!”. Rosario se paró detrás de mí, me tapó los ojos con sus manos y me hizo dar unos pasos hacia atrás para después pararse frente a mí y tumbarme en la cama. Se montó en mi abdomen. Con una mano me tapó la boca y con otra me hizo señas de que me callara. —Shhh —me dijo con suavidad. Abrí los ojos enormes al verla con ese mini traje de *Gatubela*. Traía puesta una máscara de piel con orejitas que enfatizaba sus ojos verdes y sus labios rojos. El atuendo era todo negro: un pequeño triángulo por delante y casi nada por detrás. Guantes hasta los codos y botas hasta las rodillas. De una de ellas sacó unas esposas de juguete y me ató con los brazos extendidos a los barrotes de la cabecera.

Me desabrochó el pantalón y le ayudé a quitármelo. Desabotonó mi camisa. Cerró la puerta y colocó una silla bajo el picaporte. Jaló mis calcetines y los aventó cerca del ventanal. Se iba acercando hacia mí con movimientos felinos. Mis boxers, pedían estar fuera de la escena. Rosario los retiró muy despacio. De la otra bota sacó un látigo corto de varios hilos con el que me acarició las piernas y después se acarició ella. Con su lengua y sus labios jugó con mi cuerpo antes de volver a montarse en mí, pero esta vez de espaldas. Sus movimientos suaves y ondulatorios me hicieron terminar rápido. Devolvimos todo a su sitio y nos lavamos en el baño. Abrimos la puerta. La mujer del acento alemán nos gritó desde la sala:

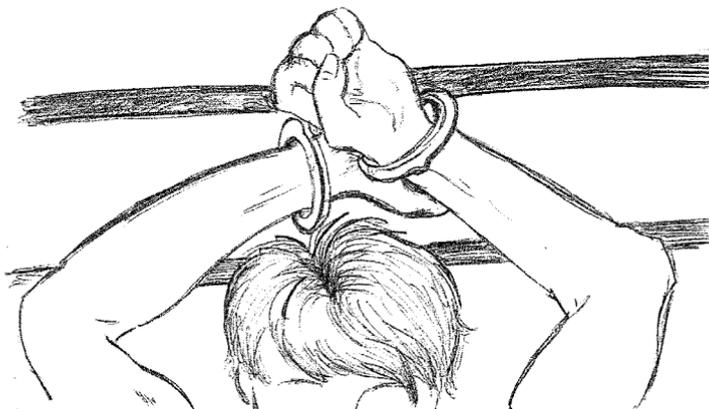
—¿Qué les pareció, muchachos?

A lo que respondí sin titubeos:

—La verdad es un poco más grande de lo que teníamos pensado alquilar.

Nos despedimos, y tras cerrar la puerta escuché a la mujer que dijo:

—*Klaus, hast Du alles gefilmt?*



Paúl Núñez

Los libros

Susana Corcuera

Los libros han empezado a reptar de nuevo. Lo hacen por las madrugadas, cuando los sueños se confunden con la realidad. Antes eran discretos, ahora se han vuelto un descarado. Hoy aparecieron tres a un lado del espejo y he dejado de llevar la cuenta de los que han hecho su campamento bajo mi cama. Un libro decrepito acerca de ciudades fantasma es especialmente necio. Pensando que no le gustaban sus vecinos en el librero, lo puse aislado en la mesa de noche: me desperté con él en la almohada. Lo bajé a la sala y logró colarse en la alacena, entre el café y el azúcar. El jardín también le ha gustado, sobre todo las raíces de una higuera gigante. He empezado a tenerle miedo, a él y a los que se avientan de las repisas a medianoche como toronjas maduras. Ya no respetan el mínimo espacio, escribo detrás de una torre de ellos. He tratado de huir, pero siempre saben en dónde encontrarme. De seguir así, acabaré entre sus páginas, igual a esas flores secas que a veces me encuentro.



Paúl Núñez

Ventanas

Susana Corcuera

Se han abierto por las tardes, cuando intento dormir una siesta. Una pequeña luz en la negrura de los párpados cerrados, después la imagen. La primera fue una joven que se peinaba con movimientos pausados en el quicio de una ventana. En la segunda, un monje oraba en una playa desierta. Él inmóvil, el mar en calma. La biblioteca de la tercera imagen se iluminaba por el fuego en la chimenea. Las cortinas, rojas y pesadas, estaban corridas. La última ventana me llevó a una ciudad desierta. Caminé por las calles vacías, sintiendo la paz que deben sentir algunos espíritus, doblé una esquina, miré al cielo y volví a mi cuerpo en la cama.

Ayer encontré a un hombre en el parque. Estuvo en la misma postura durante el tiempo que duró mi lectura. Cerré el libro y me acerqué. Nos miramos un momento, después nos reconocimos. Era el hombre que oraba en la playa de mi duermevela. ¿Quién soy yo cuando viajo detrás de tus párpados?, quise saber. Él me tomó de la mano. La suya era rasposa y real, la mano de un hombre viejo. ¿No lo sabes? Eres una mujer perdida en las calles de una ciudad desierta, la misma que se peina en el quicio de una ventana. Eres también un monje que reza de espaldas. Esta tarde se abrió una nueva ventana. En ella, una mujer escribe en un cuarto pintado de azul.



Paúl Núñez

Paisanas

Gabriela Gorches

Todos en Saint Paul de Vence adoraban a Verito. Cuando avanzaba por la estrecha avenida empedrada llena de negocios, deteniéndose en cada uno para conversar con el encargado, besando a los transeúntes y saludando a quienes asomaban por la ventana, parecía la habitante más antigua del pueblo. Uno diría que la joya turística de la Costa Azul estaba fabricada a su imagen y medida. A mí me gustaba que nos diéramos cita en el Café de la Plaza, frente a la mítica cancha de petanca en la que, me decía, han jugado actores como Jean Paul Belmondo y Lino Ventura, y que camináramos extramuros hasta el cementerio; ahí sin falta poníamos juntas una piedra en la tumba de Chagall. Pienso que era una especie de acto cómplice entre dos que se reconocen mutuamente amantes de las artes pero no tienen más energía de la que requiere la sobrevivencia en un país extranjero. Seguíamos luego hasta su casa, la portería de un pequeño inmueble burgués del siglo XVIII, o tirábamos a la izquierda hasta el Bar de las Murallas. En cualquier caso era ella quien pagaba el aperitivo, “en agradecimiento a mi amiga más querida por haber venido a verme desde Niza”, me decía mirándome con esa sonrisa de ojos limpios muy suya. Creí que conocía todos sus secretos. La sentía especialmente cercana a mí, quizá por la lengua que compartíamos o por la condición de emigrado que, quierase o no, nos separaba de los franceses. Pero la verdad es que con ellos Vero se llevaba de maravilla, lo mismo que con el resto de vecinos sanpaulenses, pintores de toda Europa atraídos por la fama de la luz blanca que en su tiempo hechizara a los Impresionistas, comerciantes de Oceanía y a veces algún latinoamericano como nosotras en busca de oportunidades. Ella se había integrado a los usos y costumbres de su poblado adoptivo con más solidez que el resto de los extranjeros, quizá porque era quien mejor hablaba francés. Lo hablaba desde que yo la conocí en la universidad de Niza, precisamente en un curso para neófitos recién llegados. Venía a clases desde Saint Paul en sus días libres, sólo para cubrir el mínimo de asistencias requerido. Tenía que estar inscrita como estudiante, me explicó, pues su permiso de estancia había expirado años atrás, pasados los dos que cumplió como “adjunto de español” en el marco de un programa de intercambio cultural entre Guatemala y Francia.

Al principio resultaba increíble que, joven y encantadora como era, Verónica no tuviera una relación amorosa. Sin embargo, a medida que nos fue tocando el turno de experimentar en carne propia su sentido de la lealtad, aceptamos como válido el pretexto del famoso Fernando, el gran amor que Vero había dejado en Guatemala. El que ella no fuera a encontrarlo era lógico:

todos sabíamos que desde el fin del curso universitario vivía ilegal en el país. Pero el porqué él no venía a reunirse con ella, por que no como tantas parejas aprovechaba el avance de su novia para establecerse a su lado en Francia, eso no nos quedaba nada claro. De alguna manera aprendimos a concebirla casada, una especie de monja. Yo en ciertos momentos me sentía con ella como con una viuda de guerra, sobre todo cuando sentadas en el mirador volado sobre el cementerio y mirando el Mediterráneo discutíamos elementos de alguna novela de Remarque o de Zweig, de las que intercambiábamos antes de devolverlas a la biblioteca. Apenas teníamos tiempo para libros pero, aunque fuera lentamente, no dejábamos de leer, tal vez queriendo atenuar la culpa que las dos arrastrábamos por haber abandonado la escritura. En su caso al menos era una verdadera pena. Aún conservo los cuadernos de poesía que me confió en nuestras primeras reuniones. No he vuelto a hojearlos, pero recuerdo mi impresión entonces: la obra reflejaba su temperamento cálido y a la vez triste, su espíritu inquieto, esa bondad que ante la injusticia se convertía en salvajismo; misteriosa de entrada, se convertía poco a poco en abrazo, como la neblina que se esfuma y abre paso a la luminosidad silenciosa que en primavera se instala en las colinas de Vence.

Soy la única que la supo escritora aun si ella misma no se reconocía así. Su cocina en cambio la regalaba como los *festines* de *Babette*, consciente y satisfecha de deleitar a los demás. Pronto descubrió que esa actividad sería para ella lo que los franceses llaman su gana-el-pan. Trabajó en varios restaurantes, siempre en Saint Paul. No habría aceptado propuestas en ningún lugar que no fuera “su segundo pueblito del alma”, como lo llamaba, en referencia al que había dejado en Guatemala. Muy pronto, su sazón increíble combinado con una imaginación osada para la mezcla de cocinas, el regusto sutil de la francesa con el picante colorido latinoamericano, lograron su rápida escalada desde la friega de la vajilla hasta la creación de platillos. Desde un principio se adivinó que los dueños de los negocios locales se habían puesto de acuerdo para emplearla por turnos, de manera que ella no perdiera ni un mes del dinero que, todos sabíamos, mandaba a su casa porque a su familia le era indispensable, y sin que las maniobras para pagarle debajo de la mesa se repitieran tantos meses que acabaran resaltando en la contabilidad. Por su parte, los chefs aprovechaban la inventiva sin fin de aquella *Sous Chef* que venía por temporadas, para renovar la carta del establecimiento. El porqué Vero no hacía nada por regularizar su situación migratoria fue una pregunta que dejé de hacerme por hartazgo, no recuerdo exactamente cuándo. Sé que hubo quien le ofreció ayuda para pagar un abogado, y más de un colega que le propuso un matrimonio de nombre con el que podría haber obtenido incluso la nacionalidad francesa. Me acuerdo de su angustia al contármelo: de ese tipo de amor no tengo para nadie aparte de

Fernando, ni siquiera en papel, insistía hecha una regadera de lágrimas. Como el resto de sus amigos, dejé de hablar del tema. Me acostumbré a verla cambiar de empleo y, antes de cualquier visita, le preguntaba cuál era su día libre del momento. Creo que el último puesto que tuvo fue el de jefe de partida en entradas calientes. No era ni el más importante ni el mejor remunerado de los que hubiese alcanzado en su carrera francesa, pero sí el que cumplía su sueño más antiguo: *La Colombe d'Or*. Había leído una reseña sobre el célebre hotel-restaurant durante una formación breve que siguió en el Instituto Guatemalteco de Turismo, al tiempo que aprendía las bases de la cocina ayudando a su mamá y a su tía en un changarrito propiedad de la familia. Desde entonces, en secreto imaginaba que la yuca con chicharrón o los tamales de elote los servía en aquella terraza provenzal donde la gente comía a la sombra de un móvil de Calder y, con suerte, en el punto exacto donde en algún momento se hubieran sentado Picasso o Miró.

De sus aficiones Vero hablaba muy poco. Lo mismo que sucedía con la literatura, a lo mejor nadie aparte de mí sospechaba que fuera tan sensible a las artes plásticas. Sin embargo, su devoción por la música no habría podido esconderla, al contrario, parecía ser el medio que utilizaba para alcanzar una profunda empatía con gente de todas edades y orígenes. Podía pasar horas conversando con una persona hasta que daban con alguna canción consentida de las dos. Se sabía de memoria baladas románticas, tropicales, rocanroleras, desde la generación de sus padres hasta la de su adolescencia, lo mismo que cualquier canción de protesta casi casi en el idioma que fuera. Cantando en compañía, alrededor de unas cervezas o una botella de vino rosado, se esfumaba la melancolía habitual de sus ojos. Me acuerdo que no se perdía el *Nuits du Sud*, un festival de verano en el que participan grupos de todas partes y estilos. Le encantaba quizá su naturaleza nostálgica y a la vez revolucionaria tan parecida a la suya. Ahorraba cada mes para el abono completo e iba a todas las presentaciones acompañada del pequeño público que había podido integrar de entre sus amigos. Creo que, más que el concierto, disfrutábamos la agradable rareza de verla bailando, y la de redescubrir por vez única en el año su voz entonada que se distinguía en el mar de la euforia colectiva. Vez con vez me asombraba con su conocimiento de los grupos franceses y, por supuesto, de todos los que cantaban en español, ya sea que tuvieran fama internacional

o estuvieran empezando. Nunca supe cómo, habiéndose integrado por completo a otro país, estaba siempre al tanto y mantenía su cultura a flor de piel.

Hace ya un tiempo que Vero se fue. Parece que al fin pudo volver junto a Fernando, quizá con el sueño de reescribir una historia oscura que, según me dicen, tiene que ver con la cárcel. Yo sigo asistiendo a “sus festejos” cada año, el baile de la fiesta nacional que en Saint Paul se celebra el trece de julio, día del cumpleaños de “nuestra pequeña guatemalteca”, como sigue refiriéndose a Vero la gente del pueblo. Me digo a mí misma que si no pregunto detalles es por evitarme un sufrimiento inútil. Además, acudir a sus amigos franceses por noticias me hace sentir incluso más extranjera.

A lo mejor Vero no se confió a mí porque le daban vergüenza las palabras legítimas en nuestra lengua... El día que regrese, estoy segura, descubriremos una joya de lectura en español; espero que reconozcamos de nuevo esa capacidad de asombro que experimentábamos juntas y que tanto miedo nos daba perder.



Paúl Núñez

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Son muchas cosas, Friné Alejo

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción: Lorena García Pérez,
Iris Morales Adame, B. Abril Nava Hernández,
María Inés Rendón de Jesús, B.

Redes Sociales:

Carolina Grimaldi, Montserrat Castellano
y Fernanda Pinzón

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

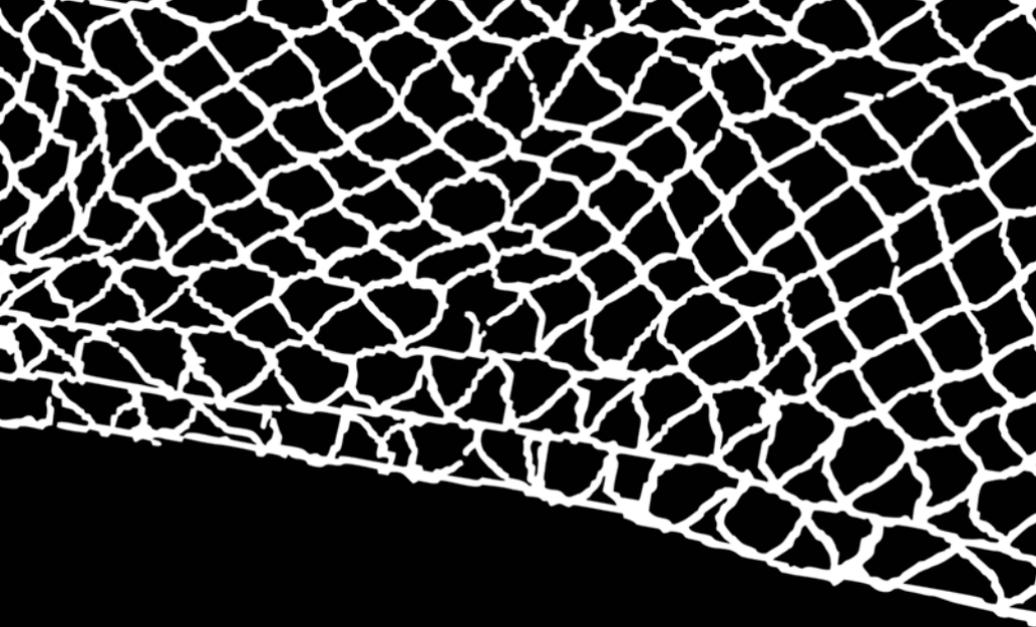
contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veinte. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2019.**



**Estamos empeñados
en atrapar lectores...**

para NUNCA dejarlos ir



www.porescrito.org

Ultimátum

“Las ranas y las notas sostenidas de un grillo, el río y mis manos conociendo el árbol. Caminos todos de la sangre ajena y mía, a esta hora, en esta margen oscura.”

Estío
Inés Arredondo



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir